# Las epidemias políticas

Peter Sloterdijk

TRADUCCIÓN DE NICOLE NARBEBURY

# Las epidemias políticas

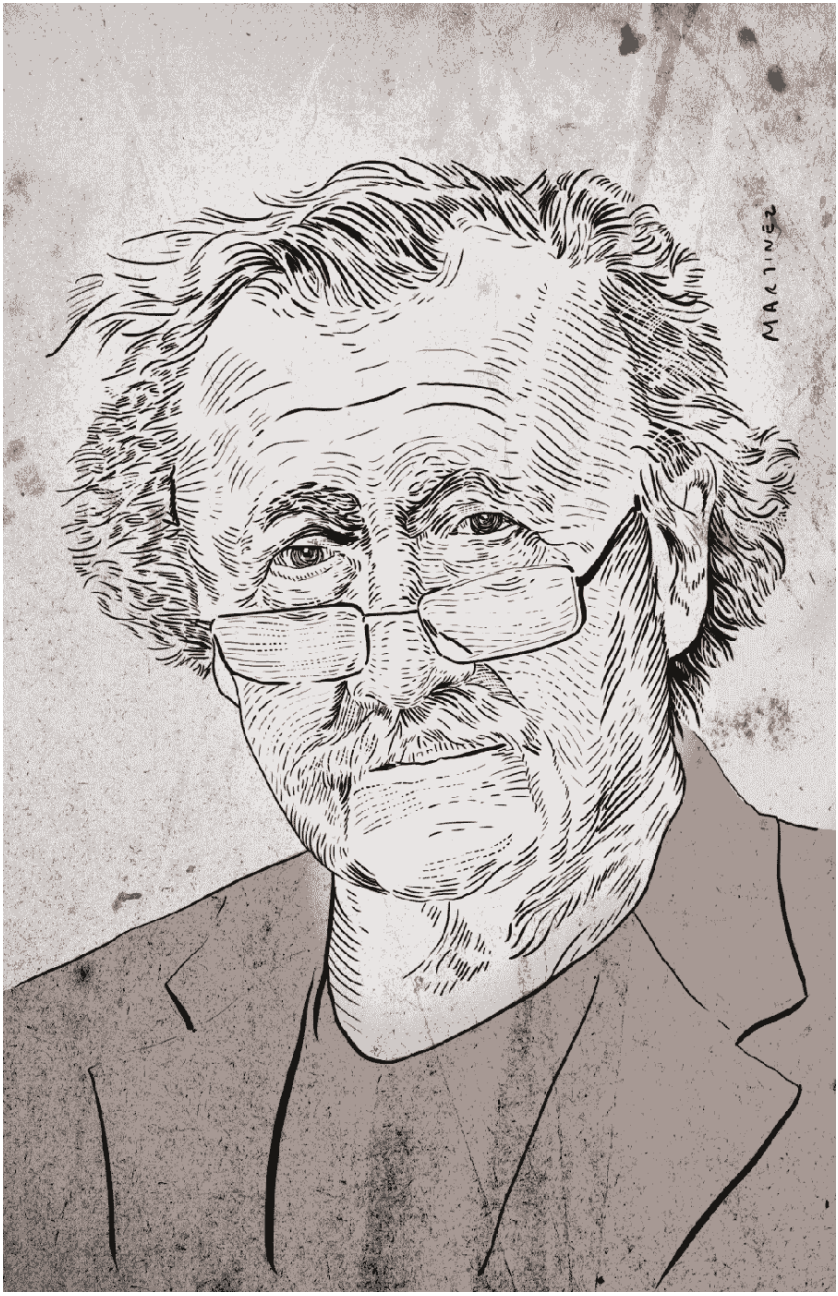
Peter Sloterdijk

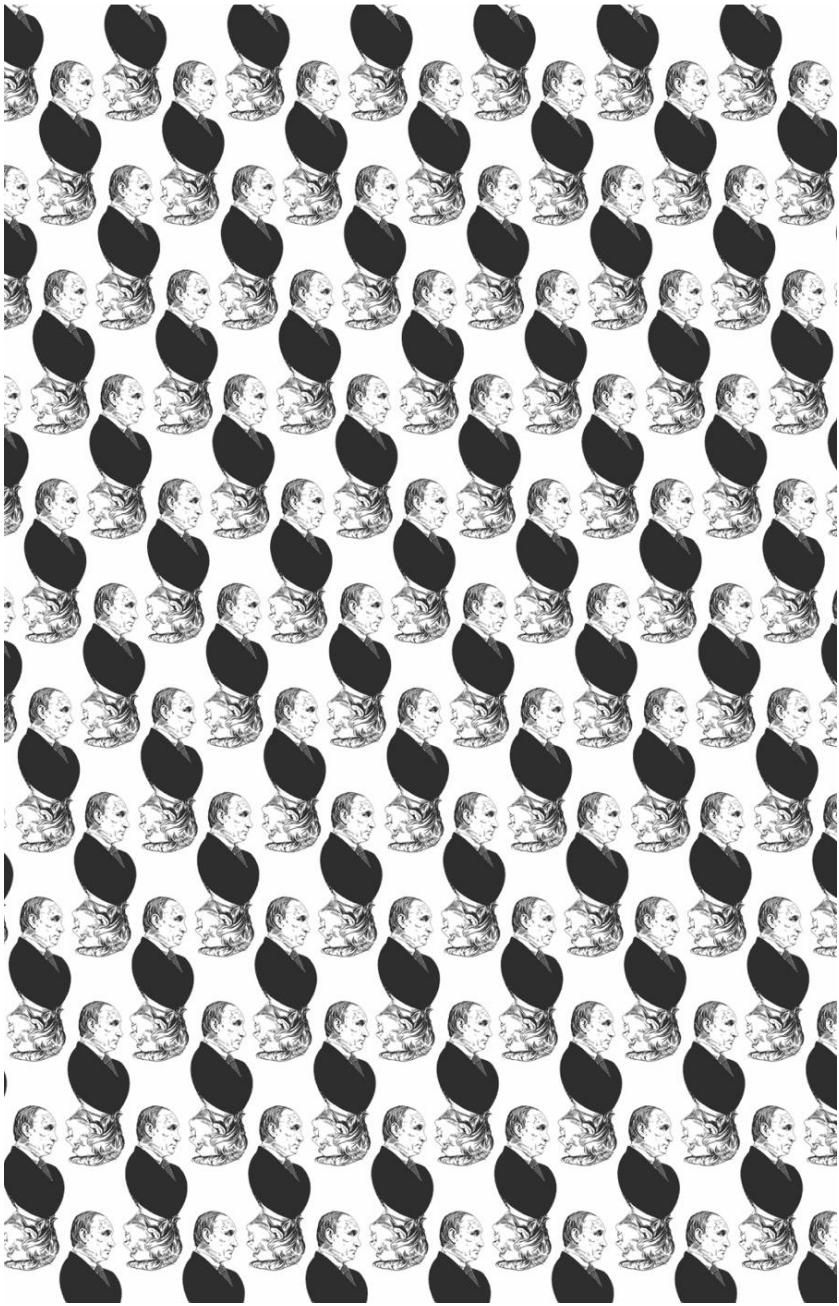
TRADUCCIÓN DE NICOLE NARBEBURY

Peter Sloterdijk nació en Karlsruhe (Alemania) el 26 de junio de 1947. Es filósofo y catedrático de la Escuela de Arte y Diseño de su ciudad natal. Comenzó su formación en 1968 y hasta 1974 estudió: Filosofía, Historia y Filología Germánica en la Universidad de Munich.

Hacia 1975 se doctoró en Filosofía en la Universidad de Hamburgo. Entre 1978 y 1980 viajó a Pune (India) para estudiar con Ashram von Bhagwan Shree Rajneesh (luego conocido como Osho). En 2001 fue nombrado rector de la Universidad de Arte y Diseño de Karlsruhe, puesto que ejerció hasta 2015.

De su extensa obra pueden destacarse, entre otros, El pensador en escena, Eurotaoísmo, Extrañamiento del mundo (Premio Ernst Robert Curtius 1993), El desprecio de las masas, En el mismo barco (1994) y Normas para el parque humano (2000). En Ediciones Godot, publicó Estrés y Libertad


MARTINEZ



# Las epidemias políticas

**Peter Sloterdijk**

# ¿Dónde están los amigos de la verdad?

[Publicado en Neue Zürcher Zeitung

el 29 de diciembre de 2018]

Una de las características más impresionantes de las culturas altamente avanzadas, que avivan el proceso de la historia de la civilización desde el primer siglo antes de Cristo, es que comprenden al "ser humano", cada vez más explícitamente, como un ser al cual, por naturaleza, le es inherente ser víctima de sus errores. Esto no significa que, en el trato diario con las cosas y sus semejantes, "el ser humano" nunca haya estado completamente protegido del riesgo de equivocarse en un aspecto u otro. Las cosmovisiones de las altas culturas dramatizan la impregnación de la existencia por la tensión entre lo verdadero y lo falso hasta un punto en el que esta existencia corre peligro de recaer en una ilusión general. Desde el principio, parece estar inmersa en un error global del que puede desprenderse solo mediante extraordinarios esfuerzos espirituales o, si estos no son suficientes, gracias a la deferencia de la verdad, inalcanzable por el propio poder humano.

**Error, mentira, ideología**

Por debajo del nivel de tales interpretaciones visionarias —mitad mitológicas, mitad metafísicas— del hombre como un ser originalmente propenso a la obcecación y casi a priori al error, se desarrolla al mismo tiempo en todas las culturas una relación pragmática con los hechos de la conciencia que se equivoca. En lo cotidiano, se sabe, de una u otra manera, con qué frecuencia la apariencia otorgada por la percepción inicial resulta ser engañosa, y también que algunas visiones correctas se pueden obtener recién a

segunda vista. Del mismo modo, se sabe por simple experiencia, y sin importar en qué cultura se viva, que no todo lo que se dice es cierto. Incluso si fuera verdad, como es el caso, que el mundo lo es todo, no todo lo que se dice estaría cubierto por lo que el caso es.

El lenguaje funciona como un El Dorado de las ficciones. Esto no solo se aplica a la luz de la crítica moderna del lenguaje, inaugurada por Mauthner y Wittgenstein y desarrollada por la escuela de la filosofía analítica. La comprensión original del lenguaje ya oscilaba entre la credulidad y la sospecha, y mientras se mantenga la actitud sospechosa, se adoptará espontáneamente otra actitud a partir de la cual nace lo que desde los principios de la Ilustración se llamó "crítica". Nietzsche llegó al punto de afirmar que la desconfianza y la ironía son signos de buena salud.

La desconfianza respecto de lo que se escucha y se lee está justificada en la medida en que el lenguaje, desde siempre, representa mucho más que un medio para comunicar sabidurías y mitos específicamente culturales. Es una experiencia elemental del ser hablante utilizar el habla no solo para articular errores bona fide, sino también como medio para distorsionar consciente y deliberadamente los hechos. Como ninguna otra cosa, el lenguaje sirve para ocultar dudas y para seducir a los destinatarios al adoptar una apariencia susceptible de consenso. El discurso de la mentira no produce simplemente una falsa representación involuntaria de las circunstancias dadas, aunque ciertas distorsiones de los mensajes se puedan explicar a partir de la historia natural de la hipocresía. Puede haber disposiciones innatas para la disimulación y el engaño —el talento teatral inherente a muchas personas es un indicio de esta suposición— pero uno no miente por error. Ninguna declaración falsa es innata. La mentira siempre contiene una deliberada oposición al deber de decir la verdad, un deber que se reafirma en las altas culturas con una patética explicitud.

De esta manera, después del error involuntario primario, la mentira aparece en la fenomenología cotidiana de la conciencia que se equivoca y que engaña como su segunda figura. En ella, el engaño está animado, del lado del engañador, por intenciones conscientes, mientras que del lado del engañado es sufrida involuntariamente.

Una vez que el ser engañado se ve sometido por la voluntariedad, se

produce la tercera figura de la conciencia que se equivoca que, según el marco de referencia de la crítica del error, se llama superstición, hechizo por los ídolos, ideología, autosugestión o "suspensión voluntaria de la incredulidad". Esta última, según Coleridge, es característica de la actitud de recepción estética de las improbabilidades manifiestas en forma de obras de arte.

En las teologías monoteístas se habla de "superstición" en tanto que la creencia en el único Dios verdadero debe ser diferenciada de los cultos a muchos dioses: tras la revelación del Uno, se los considera como fantasmas falsos o ficciones del miedo. Si los dioses están muertos es porque los teólogos del Uno los mataron. Fueron ellos quienes abrieron el camino a la polémica esclarecedora contra los espejismos generados por el ser humano.

La crítica teológica de las figuras supersticiosas, como la que se había formado entre Ireneo de Lyon y Agustín de Hipona, se transforma al comienzo de la era moderna en crítica ideológica política y moralmente virulenta. Se considera capaz de realizar esta tarea, luego de que la cultura de racionalidad occidental se ha desarrollado lo suficiente como para mantener a distancia las estructuras y los contenidos de la conciencia mistificada, reprimida y alienada, empezando por la enumeración que hace Bacon de los ídolos falsos que distorsionan el entendimiento (a saber: los ídolos de la "tribu", que designan al género humano en su totalidad; los de la "caverna", que describen las preferencias y neurosis personales; los del "mercado", es decir, los del clima de opinión predominante; y, finalmente, los del "teatro", que refieren por analogía al funcionamiento universitario del escolasticismo tardío). A la acción baconiana de eliminación le sigue el sarcasmo de Spinoza sobre las religiones históricas; esta prosigue en la crítica generalizada de Feuerbach de la religión como proyección de la imaginación humana y culmina en la crítica, inspirada en Marx, de las cosmovisiones proletarias y pequeñoburguesas.

Finalmente, a mediados del siglo XX, se desemboca en las críticas de la "industria de la conciencia" de las sociedades de masas impulsadas por el dinero. Estas críticas encuentran un epílogo tragicómico en el desmantelamiento del "patriarcado", que sucumbe per se en el siglo XX, y en la "deconstrucción" de las

diferencias esencializadas de los géneros, que desde hace algún tiempo tienden a la flexibilización.

**El pacto diabólico**

El pacto, medio consciente, medio inconsciente, entre los mentirosos y los engañados es característico de la entidad que constituye el nivel ideológico del error. Por consiguiente, tenemos que tratar con la ideología, en el sentido preciso de la palabra —es decir, como la tercera figura en la serie de las formas de la conciencia que se equivoca y que engaña—, siempre que una producción más o menos explícita de ídolos sugestivos converja con la demanda más o menos abierta de ilusiones edificantes. Esta convergencia —a menudo codificada bajo auspicios religiosos, más tarde en su mayoría bajo auspicios ético-políticos— resultó ser, desde una perspectiva histórica, sumamente exitosa, a pesar de su inestabilidad. Ella se impone en cualquier lugar donde una "voluntad de creer" —para decirlo con William James— se encuentre con la "propaganda", léase, con sistemas de persuasión elaborados y sostenibles del tipo de los sermones misioneros, la literatura de confesión, la prensa sectaria y el adoctrinamiento partidario.

Los autores marxistas definieron en mayor medida la ideología como "necesariamente falsa conciencia", pero en general omitieron brindar información sobre la naturaleza de la "necesariedad" de la falsedad. En esta omisión anida una hipocresía. La conciencia siempre es local, pero nunca "necesariamente falsa". Sin el anhelo por lo falso, en la medida en que resulte útil para la vida en una situación dada, no se venderían las ofertas engañosas que abarcan desde las pseudomedicinas arcaicas hasta los cultos modernos a un líder. Así como existe, según la tesis de Aristóteles, un afán original de reconocimiento en todas las personas, también existe un interés igualmente original por el engaño. La crítica de la ideología reciente coincide aquí con las antiguas teorías del hundimiento primario de los seres humanos en el error. Friedrich Nietzsche: "Tenemos el arte para no perecer a causa de la verdad". Ernst Bloch: "No solo de pan vive el hombre, sobre todo cuando carece de él".

**El cinismo moderno**

La ideología en decadencia, que desde fines del siglo XVIII no oculta sus síntomas, libera, en ese declive, al cinismo: se pudo demostrar, a su debido tiempo, cómo —más allá del error, de la mentira y de la ideología— el cinismo forma la cuarta figura, apenas tenida en cuenta por la filosofía tradicional, en la serie de formas de la conciencia que se equivoca, que se engaña y engaña. La Crítica de la razón cínica [1]

se convirtió en una empresa irónica y seria al mismo tiempo, porque su tema representa un híbrido compuesto de verdad y falsedad: su estructura disonante se refleja en la fórmula de "la falsa conciencia ilustrada". La combinación de la "ciencia alegre" con una teoría de la verdad inoportuna es necesaria para su investigación.

En un primer momento, el cinismo se puede entender como un fenómeno de desinhibición: el hecho de decir la verdad libremente —aquella virtud de la parrhesia que el Foucault tardío alabó— alcanza en el cinismo el nivel del auto-desenmascaramiento. Si la hipocresía era una reverencia del vicio ante la virtud, entonces el cinismo es el rechazo que opone la mentira a la convención de encubrirse con el idealismo.

Esto supone el relajamiento de las máscaras para ambas partes del pacto de ilusión que funda la ideología. Cuando los de arriba dejan caer la máscara, ya no ocultan su indiferencia ante la preocupación por el bien común que se les asigna oficialmente. El dicho de Madame de Pompadour, "Après nous le déluge", según el mito (o leyenda), manifestada en noviembre de 1759 para no tener que interrumpir una fiesta elegante ante la noticia de la derrota de las tropas francesas en Rossbach contra los prusianos, ilustra de manera ejemplar la tendencia a la desinhibición de los nobles. Estaban convencidos de que ellos mismos ya no se verían afectados por el diluvio. María Antonieta, la esposa de Luis XVI, fue un poco más lejos en el camino hacia la maldad, cuando, a raíz de las huelgas de hambre en París, dijo: "Si no tienen pan, que coman pasteles". Esta

gran frase podría ser una de esas anécdotas que, para decirlo con Giordano Bruno, si no son verdaderas, están bien inventadas.

En sus cinismos, los gobernantes muestran que están cansados de llevar las máscaras de la hipocresía. Brillan con la ironía de los que salen airosos de la situación. Para ellos, las grandezas como el honor, la decencia, el amor a la verdad, el tacto y el ser comprensivo son meros personajes del gran teatro del mundo. Están convencidos de que pueden reclamar su derecho de excepción en cualquier momento. En nuestros días, Warren Buffet pertenece a aquellos grupos bien altos, que a veces consideran que ya no necesitan una máscara: “Hay una guerra de clases, de acuerdo, pero es la mía, la de los ricos, la que está haciendo esa guerra, y vamos ganando”.

En el lado plebeyo, después de la disolución del pacto de estabilidad de las ilusiones socialmente aceptadas, se libera el cinismo de la “plebe”. La tendencia desinhibidora se puede palpar desde el último tercio del siglo XVIII, especialmente en Francia, y es inseparable de los estados de ánimo de los disturbios prerrevolucionarios. Entre la “plebe” (Pöbel [2]

), en el sentido de Hegel, figura aquel que se considera muy pobre como para querer permitirse la comedia de la decencia. Lo que el cinismo de arriba tiene en común con el de abajo es la dispensa autoconcedida de satisfacer las imposiciones excesivas de una moral universal. No es raro que el escepticismo cínico de las personas pequeñas se refiera a la inmoralidad de las grandes. Quien siempre rompe las reglas de la decencia, se autofelicita por su realismo. Con razón, escribió Nietzsche: “El cinismo es el único camino para que los espíritus vulgares se aproximen siquiera a lo honrado”.

**El siglo** XX**, parte** I

La mayoría de los historiadores de las ideas están de acuerdo en que la Primera Guerra Mundial provocó el corte más profundo en la historia de las mentalidades de la Modernidad, mucho más allá de las secuelas de la peste en el siglo XIV y de la resonancia de las

guerras napoleónicas que inauguraron el siglo XIX como la era de las masas y sus movilizaciones. Si el siglo XIX, especialmente en su primera mitad, se convirtió en una era de la "restauración", fue porque el impulso "restaurador" puso en práctica, con cierto éxito, la voluntad de inmovilizar las fuerzas liberadas entre 1789 y 1815. Los motivos —etiquetados en ese momento como liberalismo, nacionalismo y socialismo— solo se pudieron sofrenar temporalmente conforme a las circunstancias, pero no se pudieron neutralizar de forma duradera.

En el transcurso de la Primera Guerra Mundial, se llevó a cabo la descarga de energías acumuladas durante más de un siglo. Un nuevo tipo de guerra que, por un lado, llevó al campo de batalla no solo a combatientes uniformados, sino también sistemas de armas mecánicas y municiones químicas; y por otro, no solo puso en marcha a tropas: produjo un fenómeno de movilización total, de dimensiones e intensidades inéditas, en el que se borró la diferencia entre tropas y población civil. Después de la crisis de julio, que culminó en las declaraciones de guerra recíprocas de principios de agosto de 1914, se hizo evidente hasta qué punto las potencias interrelacionadas se vieron obligadas a usar la mentira como arma.

El arma de la mentira siempre tuvo la función de mantener hacia el exterior, y de forma estable, el concepto de enemigo de un colectivo: ahora también tendría que utilizarse especialmente de forma masiva y hacia el interior, para unir "al pueblo en armas", tal como lo había evocado el escritor militar Colmar von der Goltz en su escrito de 1883, en tanto comunidad de mistificación. Esta se basa, más allá del patriotismo normal, en la voluntad popular, por no decir en el reclamo colectivo, de ser engañado por el propio líder.

De hecho, la movilización psicológica no tendría éxito mientras no se pudiera persuadir a las tropas combatientes, con la ayuda de los sacerdotes patriotas y comisarios de la ideología, de que lucharían en el campo como víctimas de los ataques injustos del enemigo. Esta sugestión forma el núcleo de toda propaganda. Recién en la rebelión contra la imposición de ser una víctima sufriente de potencias extranjeras, se produce la subjetivación militar —el cambio que va de la defensa legítima a un ataque entusiasta contra

el enemigo pérfido—.

En el entusiasmo, la autosugestión alcanza la fuerza propia del encargo de una misión. Por eso, las imágenes de júbilo de los voluntarios de guerra de agosto de 1914 parecen, desde una perspectiva histórica, tan obscenas como enigmáticas. De hecho, en la era de las levas en masa, que se convirtieron en la nueva norma de la guerra a raíz de la Revolución Francesa, resultó imposible imponer el servicio militar obligatorio en caso de guerra sin invocar al mismo tiempo la obligación de ser unilateral; no se gana una guerra con soldados que sean comprensivos con la otra parte. El establecimiento de la perspectiva "propia" de las cosas es equivalente a la prohibición de pensar. Vestirse con el uniforme nacional es un perspectivismo en armas. Lo que interfiere en la movilización de las autosugestiones permanece prohibido. La autosugestión es la materia con la que está hecho el heroísmo sintético del siglo XX.

**El siglo** XX**, parte** II

El torrente más violento de las desinhibiciones cínicas debido a la decadencia ideológica cayó sobre Europa, por cierto, cuando las operaciones armadas se acercaban a su fin. Hasta ahora, apenas se ha notado que Lenin, en su obra El Estado y la revolución —que hoy en día casi ni se lee—, escrita pocas semanas antes de la llamada "Revolución de octubre" a fines del verano finlandés de 1917, había alcanzado la cima histórica mundial del cinismo. En este intento decididamente doctrinario sobre la naturaleza de la estatalidad se puede reconocer una característica esencial del espíritu de la época de principios del siglo XX: el cinismo más extremo no presupone ni la decadencia aristocrática, ni la autoparodia clerical, tampoco el resentimiento del hombre fracasado del subsuelo representado por Dostoievski. En sus mayores expresiones, procede del espíritu de los cálculos estratégicos que están cargados con una tendencia a la filosofía de la historia.

La contribución ignorada de Lenin sobre el desarrollo de las estructuras cínicas de la conciencia en el siglo XX se deriva de su

defensa del oportunismo. Para el revolucionario decidido a llegar al extremo se aplica necesariamente un principio: la oportunidad hace al ladrón.

La declaración central de El Estado y la revolución es que si la guerra de naciones dura lo suficiente, crea la desmoralización colectiva que provoca la oportunidad prevista para la guerra civil. Lenin sabía muy bien por qué recomendaba expulsar al diablo de la guerra exterior mediante el Belcebú del interior, con el matiz de que, por esta vez, la guerra civil —desde el punto de vista de la politología clásica, el summum malum del mundo de los Estados— debía servir como instrumento para cambiar hacia lo bueno, alias el socialismo.

No en vano, Lenin había apoyado el "derrotismo revolucionario" antes de 1917. De hecho, de forma resumida, las cosas se desarrollaron en Rusia entre 1917 y 1922 tal como la obra de Lenin las había programado y como las explicó en su macabra "teoría de la tregua" entre las guerras de marzo de 1918. En octubre de 1917, en San Petersburgo, no se crearon las premisas para la transición del feudalismo al socialismo: el mes de febrero del mismo año había inaugurado la transición a una forma de vida republicana y democrática; el Zar había abdicado y ya no estaba en el centro de los acontecimientos. Lo que se inició en octubre fue la transición de la guerra contra el enemigo nacional a la guerra contra el "enemigo de clase". Cuando, en 1922, tras la victoria de los Rojos sobre los Blancos organizada por Troski, nació la Unión Soviética sobre los cuerpos de no menos de cinco millones de personas, ya no podría convertirse, a la larga, más que en el hogar del verdadero cinismo.

El cinismo soviético fue, desde el principio, trágico. Sus protagonistas fueron idealistas que hicieron su doctorado en Realpolitik. Lenin y los suyos no poseían la decadencia suficiente para ser cínicos subjetivos. Creían —si es que creían en algo— en el cinismo objetivo de la historia, por así decirlo, la revisión materialista de la "astucia de la razón", la cual algún día les daría la razón a sus perversiones. Hasta entonces, se vieron obligados a disimular sus motivos ocultos.

Por consiguiente, le dieron preferencia a la mentira organizada ante la franqueza desvergonzada. Se apegaron a la convicción de que el

gran fin justifica los malos medios. Para preservar su rostro, usaron las máscaras de la buena voluntad hasta el final. Cuando reflexionaron más profundamente, se vieron como mártires del crimen inevitable. Todavía se puede ver por todas partes, en la Rusia postsoviética, la impregnación mediante el éter de las mentiras de las normativas lingüísticas oficiales de los tiempos de Stalin y posteriores.

**El siglo** XX**, parte** III

La segunda cascada de consecuencias mentales de la Primera Guerra Mundial cayó sobre los países de Europa Central y Occidental. También se manifestaron en ellos los síntomas de la desmoralización, en los que se había basado la expectativa de posibilidad de la revolución de Lenin, ante sus ojos, la "dictadura del proletariado". Los espíritus críticos de las naciones occidentales sacaron conclusiones a su manera de las devastaciones materiales y morales de la guerra. Un impulso momentáneo llevó, en 1916, a la fundación del Dadaísmo por un grupo de objetores de conciencia al servicio militar de origen alemán y francés que emigraron a Suiza. Se puede ver en él una radicalización de la sátira que, en principio, no quiso ser mucho más que un reflejo simbólico de la paradoja del curso del mundo.

La negación al servicio militar resultó de la negación al servicio de sentido: la negación a participar en la "cultura superior" en su conjunto, siempre que conformase la matriz de los excesos belicosos. Los dadaístas de Berlín no tenían más que una sátira amarga para los acontecimientos en Rusia. Para ellos, lo que estaba sucediendo ahí era solo una nueva declinación de la política, según Der blutige Ernst [La seriedad sangrienta], título de una revista dadaísta. El autoproclamado "superdadá" Johannes Baader, se burló, alrededor de 1920, de la "Proctatura del diletariado", como si hubiera querido anunciar que solo el nonsense seguía siendo "crítico".

Cuando surgió el surrealismo del dadaísmo, aumentó la actitud de la gran negativa contra el mundo belicosamente distorsionado que rechazaba cualquier forma de creencia vulgar de la realidad. Los

surrealistas no se conformaron con la revuelta estética; pretendieron emigrar de la banalidad en todas sus formas. Su doctrina se recomendaba como teoría y práctica del paso a la trascendencia. Los surrealistas buscaban un más allá, en el que lo inconsciente se fusionara con lo fantástico y lo sorprendente, para crear un antimundo. Postularon una alternativa al ser en su conjunto. Como emigrados del lado serio de la vida, exigieron el derecho a residir en lo imposible.

En vista de la erosión del sentido de seriedad, verdad y sinceridad, fue natural que después de 1918 surgiera la figura del farsante, además del revolucionario y del surrealista, acompañada por la figura del criminal con instintos empresariales, como Brecht lo puso en escena con el nombre de Macheath en su Dreigroschenoper [La ópera de los tres centavos] de 1928. El manifiesto clásico de los embaucadores es gracias a Walter Serner, quien revisó su Manifiesto Dadá cínico y antinómico de 1918, Letzte Lockerung [Última relajación], unos años más tarde, en el espíritu de la Nueva Objetividad, para convertirlo en un Manual para embaucadores.

El documento, publicado en 1927 (el mismo año en que se publicó El ser y el tiempo de Heidegger), cobra extrema actualidad en nuestros días: ilustra cómo el antiguo lema secreto “El mundo quiere ser engañado” fue convertido en una trivialidad a principios del siglo XX. Entonces se infiltró en las recetas de las gestiones empresariales y en el ethos histeroide de la prensa de masas. En las naciones donde la propaganda de la guerra mundial había sido liberada durante años, el retorno a los tonos de la Ilustración y la templanza resultaba ser atmosféricamente inverosímil. Incluso cuando la guerra caliente hubiera pasado, su reflejo en el sensacionalismo de los medios nunca más llegaría a su fin durante el siglo siguiente.

**El siglo** XX**, parte** IV

Cuando el revolucionario, el surrealista, el embaucador y el criminal expeditivo se unen en una sola figura, emerge el héroe sintético del siglo XX en el terreno político: el duce, el generalissimo, el strongman, el Führer, a menudo rodeado del mito

del salvador o del aura de un delegado de la providencia. No es necesario explicar por qué la demanda de tales figuras disminuye en los tiempos relativamente tranquilos; y bajo estrés económico elevado vuelven a estar en coyuntura.

Puede que no sea nada nuevo que los peces grandes se coman a los chicos en mar abierto; ahora, en el acuario del mundo moderno de los Estados, los peces depredadores hacen lo mismo que sus parientes del océano. En la Italia de la década de 1920, circulaba el dicho de que los tiempos eran difíciles, pero modernos. Su significado es bien explicado por la frase de Mussolini, según la cual el fascismo es el horror ante la vida cómoda. El anhelo de heroísmo sintético nunca se ha explicado mejor.

**El cinismo hoy**

Desde principios del siglo XXI, el mecanismo psicopolítico que caracteriza el siglo XX se ha vuelto cada vez más transparente: los movimientos de la derecha radical no están exclusivamente vinculados a las condiciones de la posguerra de 1918 y de los años posteriores, a pesar de que el fascismo histórico solo se puede comprender, en primer lugar, en su época, es decir, por las reacciones a los resultados de la Primera Guerra Mundial. Era el rastro mental de la desmovilización fallida en las naciones perdedoras. El hecho de que primero tomara forma en Italia puede verse como una ironía de la historia: este país histriónicamente talentoso admitió así contarse entre los perdedores, a pesar de haberse posicionado pro forma junto a los ganadores. En la década de 1920, la Italia de Mussolini demostró cómo se pasa desde la desmoralización de una nación desestabilizada por la guerra a una huida hacia el heroísmo simulado.

Si se tuviera que caracterizar en una sola frase la atmósfera mental global de los albores del siglo XXI, tanto en Occidente como en el "resto del mundo", debería ser: el embaucador se convirtió en el espíritu del mundo. Para comprender el cambio regresivo, uno debería ser consciente de que el presente más amplio —el rango que va de 1990 a 2018— representa una variante del fenómeno "posguerra". Construye la era que le sigue a la Guerra Fría con su

paradójico “equilibro del terror”. Muestra la distribución simétrica de ganadores y perdedores, típica de tales situaciones, ya sea que abarque naciones en su conjunto o sectores precarios dentro de los Estados nacionales.

La furiosa imposibilidad de perder que caracterizó a los vencidos entre 1918 y 1933 se refleja en numerosos movimientos políticos después del 11 de septiembre de 2001 y, en cierta medida, también después de la crisis financiera de 2008, especialmente en el mundo occidental (al que también se le tienen que incluir ad hoc India y Brasil). Estos movimientos combinan a menudo fabricaciones de extrema derecha con motivos de izquierda, sobre todo el llamamiento de la gente común, que trabaja mucho y que con frecuencia se queda con las manos vacías después de toda una vida laboriosa. Se pudo comprobar algo similar en los fasci de Mussolini y en la Alternativa para Alemania de Hitler [en alemán, Alternative für Deutschland, AFD], alias nacionalsocialismo.

Para los perdedores de las posguerras, ya sean de extrema derecha o de extrema izquierda, nada es tan significativo como la negativa a dejar las armas. Para ellos, el lema “La lucha continúa” todavía es válido. Uno no se debe dejar engañar por el hecho de que haya sido un grupo radical de izquierda quien eligió explícitamente el motivo lotta continua como su nombre en la Italia de la década de 1970.

El esquema de la lucha continua es modificado hoy por el cambio radical en la constelación psicopolítica mundial. Sin duda, lo más significativo de eso es que las socialdemocracias occidentales fueron privadas del argumento, tras el colapso de la Unión Soviética, a partir del cual ellas encarnaban el mal menor frente a las condiciones en el campo oriental. Con él, perdieron una buena parte de su raison d’être. Sin la presión de la grave amenaza del comunismo durante la Guerra Fría, la socialdemocracia occidental se fue tornando cada vez más inverosímil; más que evitar esa amenaza —o pretender evitarla—, se alimentaba de ella. La socialdemocracia siempre supo representarse como el “mal menor”.

Con la supresión de la amenaza, la gestión temporalmente efectiva de la desigualdad social se salió de control por la relación entre el crecimiento y la política del Estado social. Como consecuencia, la dinámica de desigualdad de las estructuras sociales impulsadas por

la economía financiera podría surgir una vez más y sin filtros en el hemisferio occidental. Los sectores de la población abandonados por las codificadas esperanzas socialdemócratas de mejora se sienten obligados a observar sus condiciones con ojos sobrios. Su desilusión se convierte durante la noche en ira contra el "sistema" en su conjunto: en esta expresión fatal regresa, con un acento prácticamente invariable, un régimen lingüístico de la década de 1920.

Aquello que cambió en comparación con la época entre las dos guerras mundiales, se puede resumir en cuatro factores que emergieron recientemente: la revolución de las redes de comunicación a través de Internet; la transición de los sistemas internacionales de designación del enemigo, de la Guerra Fría a la defensa contra el terrorismo; el surgimiento de los códigos lingüísticos neomoralistas que se denominan political correctness; y, finalmente, el desencadenamiento de los flujos de refugiados que fluyen desde zonas de grave inviabilidad hacia las áreas de atracción de bienestar relativo y de mayor seguridad jurídica. Estos cuatro desarrollos traen consigo cambios profundos en los modos de gobernar y mentir.

**Expansión**

En primer lugar, cabe tener en cuenta que con la aplicación epidémica de Internet todas las expresiones anteriores de "expansionismo" se superaron de forma inesperada. El reciente surgimiento de las "redes sociales" le concede a la frase del político colonial británico Cecil Rhodes, "Expansion is all", un significado profundamente nuevo. Confirma la ley de retroalimentación positiva, en la que se basan todas las dinámicas modernizadoras: lo que es exitoso, se autorrefuerza.

En este caso, significa que de las conexiones nacen más conexiones, del flujo de datos habrá flujos de datos adicionales, de las publicaciones, más publicaciones —así como de la prominencia surge más prominencia; del dinero, más dinero; de las máquinas, más máquinas; del arte, más arte; de la medicina, más medicina; del deporte, más deporte; de la moda, más moda; de la legislación, más

legislación—.

La expansión de las comunicaciones provoca la convergencia de la presencia de los medios y el ser. Esta es la razón por la cual la presencia fáctica en los medios prefiere la verdad de lo presentado. Desde el punto de vista histórico-cultural, se puede comparar el efecto "posfáctico" de las redes sociales con una inflación galopante: el valor de verdad de una publicación en la red desciende proporcionalmente al número de sus destinatarios. Este efecto refuerza el cinismo latente del aparato mediático que, según la lógica que le es inherente, se niega a diferenciar entre la expansión de una información y su valor de verdad. El valor límite del desarrollo es marcado por la autopornografía de la celebridad, es decir, la autoexposición de personas mediocres que revelan su trivialidad de forma oculta; por eso hay tantos "modelos" que no se reconocen cuando están vestidos.

**Terror**

En segundo lugar, cabe observar que luego del fin de la oposición del "Bloque del Este" y de la Alianza Occidental, están apareciendo nuevos tipos de relaciones de hostilidad en todo el mundo. Mientras que las nuevas redes sociales fomentan una inflación de las mentiras privadas, la esfera política actual está expuesta a la expansión innovadora de las mentiras estatales. En esta transformación, el fenómeno del "terrorismo" juega un papel clave. A través del "terror", que se localiza en todas partes y en ninguna a la vez, el teatro global de la guerra se transforma en un escenario de hostilidades asimétricas. Lo que aparece en él es percibido por el público como un desequilibrio del terror.

En verdad, no se le puede hacer justicia al fenómeno del terror a menos que se reconozca en él la lucha entre diferentes niveles de conciencia engañada. Este fenómeno representa una técnica de comunicación con tendencia fobocrática. Su objetivo explícito es la corrupción de una población a través de la propagación del miedo. Hace que trabaje para él el efecto palanca de la prensa, que por sí sola es capaz de convertir un ataque local en una irritación nacional e internacional. El terror de afuera revela el rasgo endoterrorista del

público nacionalizado, tal como se había desarrollado desde el comienzo de la Primera Guerra Mundial. Quienquiera que haya estado siempre dispuesto a dejarse mentir crónicamente, ahora también será capaz de asustarse y aterrorizarse episódicamente.

El terrorismo eficaz —los hay también prácticamente ineficaces: desde 1980 hasta hoy, se cometieron alrededor de cinco mil atentados suicidas, de los cuales apenas una décima parte se mencionó en la prensa occidental— no sería posible sin la suposición, que se hizo pública desde los días del anarquismo, de que del lado de los atacados no existen inocentes. Puede que en la mayoría de los casos sea el azar lo que decida quién es asesinado, pero al mostrarse en los medios de comunicación los destinatarios previstos del atentado se ven aludidos casi por necesidad. Son aquellos que no solo quieren ser engañados de forma tradicional, sino que también desean sentirse agredidos: tan pronto como "uno" es golpeado por la espalda, parece comprobarse de forma irrefutable que "uno" se encuentra entre los inocentes. La respuesta siempre se basa en el rechazo de la acusación realizada en el acto terrorista de que todos son culpables. La asimetría de las acusaciones resulta ser inderogable. La estratégica frase del terror pronunciada por Robespierre en 1794 ha sido olvidada: "Quien tiembla, es culpable" ("Je dis, quiconque tremble en ce moment est coupable"). Una asimetría análoga aparece respecto del ethos de tales actos: si el terrorista se considera un guerrero valiente hasta el punto del altruismo, el lado atacado lo define inevitablemente como un "cobarde criminal".

Cada acto de terrorismo representa un caso de cinismo puesto en práctica. Con frecuencia, el cinismo de la acción se complementa con el cinismo de un acto de habla, con el que una organización destinada a la agresión se adjudica el ataque. Tal franqueza es condenada como perversión de forma inevitable y, en su opinión, acertada, por aquellos que se encuentran del lado de las víctimas. Por lo general, se pasa por alto hasta qué punto el lado atacado también carga con acciones análogas al terror —se podría ilustrar esto fácilmente teniendo en cuenta que el principal objetivo de los atentados son los Estados Unidos— [3]

. Tan pronto como los terroristas identifican como terroristas a los

terroristas, el espíritu de la época revela sus cartas.

En algunos países, en especial en Rusia y Turquía, los gobiernos aparentemente democráticos llegan a estigmatizar toda clase de oposición como terrorismo para poner en vigor, para ellos, el derecho de excepción de la legítima defensa, e incluso la ley marcial. Por eso se difunde el patrón conocido desde la Unión Soviética, y mientras tanto copiado en un frente muy amplio por China, por el cual un sistema político basado en la violencia se retira a la posición de la mentira para encubrir su profunda estructura cínica, su ideología erosionada.

Sin embargo, lo que ha cambiado actualmente, debido a los tiempos, es que las víctimas del terrorismo de Estado ya no son "identificadas" como contrarrevolucionarias, como espías de enemigos de clase, como saboteadoras y reaccionarias, sino que son incriminadas simplemente como terroristas o como sus simpatizantes. El campo de conflicto actual pertenece a la disputa entre los mentirosos, que se defienden contra ataques terroristas, y los cínicos, que profesan la violencia como si estuvieran realizando actos de salvación.

**Corrección política**

La tercera actualización del cinismo proviene de reacciones a la political correctness, que desde hace un cuarto de siglo viene imponiendo un régimen más o menos rígido de regulaciones lingüísticas y códigos de conducta, comenzando por el campo estadounidense con sus minorías hipersensibles, respaldado por una prensa de masas siempre vigilante, en busca del paso en falso que pueda ser denunciado, bajo las acciones burlescas de innumerables personas que tienen motivos para suponer que la libertad de expresión las perjudicará.

Lo que, desde hace algunos años, se nombra con la expresión sospechosa de "populismo" en cierto modo no es más que una reacción —en el sentido cuasi químico o alergológico de la palabra — contra lo que muchos consideran como sensibilización de minorías demasiado pequeñas y, más aún, como censura

permanente a través de la policía lingüística inquisitiva. Para el "populismo" —seguimos faute de mieux con esta expresión desafortunada— y sus clientes activados, el Estado actual y su debate público parecen un encuentro entre los más merecedores, los más educados y los más sensiblemente formados, agrupados bajo el término engañoso de las "élites". Quien se sienta excluido, no necesita ninguna explicación acerca de por qué no percibe "su" sistema como propio.

**Donald Trump**

El "populismo" es la fase actual del malestar en la cultura. Más que eso, muestra el malestar a modo del contraataque. No es necesario explicar el efecto utilizando el ejemplo del presidente en ejercicio de los Estados Unidos. El político-animador Donald Trump formará parte de la historia reciente de la civilización como ejemplo de cómo el cinismo de arriba se encuentra con el cinismo de abajo gracias a una desinhibición, entrenada desde hace mucho tiempo, ante el público. Sus apariciones públicas provocan entusiasmo entre sus seguidores porque pasa como una piedra rodante por encima de las demandas de civilización.

Trump no es solo un mentiroso que llama mentirosos a los críticos de sus decisiones y a los desenmascaradores de sus mentiras. Él demuestra cómo se convierte la mentira en la era de su irrefutabilidad artificial. Al monje visionario ruso, Rasputín, que hechizó a la familia del Zar antes de la revolución de 1917, se le atribuye la declaración: "La fuerza es la verdad". Políticos del tipo de Putin y Trump agregarían: "La verdad es aquello que se puede hacer de la mentira". Por cierto, ya no se puede ignorar que el "exitoso empresario Trump" es un títere en el juego de Putin contra Occidente. Las manipulaciones de las elecciones de noviembre de 2016, ejercidas por los hackers y los trolls rusos, ya no se pueden negar. Sí, sin duda, Timothy Snyder tiene razón cuando habla de Trump como una cabeza de misil en la guerra cibernética rusa contra la democracia occidental.

**Migración**

Finalmente, en las corrientes de refugiados que avanzan hacia Europa y hacia otras zonas de relativo bienestar en la Tierra, se puede ver cómo la ideología occidental del universalismo abstracto está bajo presión, con consecuencias que afectan al ecosistema de la verdad y la mentira en las zonas-objetivo de las grandes migraciones.

La creciente presión migratoria implica una reestructuración en las áreas del derecho de hospitalidad, derecho de residencia, derecho de asilo y derecho migratorio. Las naciones occidentales se encuentran en medio de turbulencias de reformas legales y políticas. Las confusiones difíciles de aclarar ofuscan la discusión pública; la crisis de las afiliaciones todavía no alcanzó su punto máximo; la discusión sobre el ajuste de las fronteras nacionales entre los polos de apertura e impermeabilidad adopta formas cada vez más violentas. Ya se puede reconocer cómo el impulso universalista del derecho de asilo —de algún modo el núcleo humano de las democracias— se ve gravemente dañado, tan pronto como el número de personas que buscan asilo excede la capacidad de recepción de los países-objetivo.

Si un sistema político tiene que admitir la limitación de sus esfuerzos para la acción humanitaria, la demencia cínica de los compromisos legales de ayer no está muy lejos. Ese efecto corrosivo no puede compensarse adecuadamente recurriendo al principio "Ultra posse nemo tenetur": "Nadie está obligado más allá de lo que puede hacer" (§275 del Código Civil alemán, BGB), o de forma análoga: "Impossibilium nulla est obligatio": "Nadie está obligado a lo imposible" (Digesto de Justiniano 50.17.185).

Las formulaciones del derecho de asilo occidental contienen evidentemente momentos exuberantes que revelan su fragilidad, apenas el estrés supera el umbral de lo posible a través de lo real. Al mismo tiempo, tal exuberancia es indispensable como medio preconstitucional de la existencia bajo una constitución democrática, porque revive el compromiso de la comunidad a favor de su autosuperación, que siempre continúa. Cuando falta, aumentan los estados de ánimo incompatibles con la democracia, como son el masoquismo político y la sumisión bajo la presunta

incorregibilidad de la conditio humana.

Los límites de la capacidad son por naturaleza siempre fluidos; en última instancia, se establecen por voluntad. El “populismo” que se está extendiendo en Occidente moviliza el no querer con el pretexto del no poder. De él surgen desinhibiciones que recuerdan los peores años de Europa en el siglo anterior. Algunas piedras rodantes en el Este de Alemania no ocultaron lo que tienen en mente: cuantos más “de ellos” se ahogan en el Mediterráneo, mejor “para nosotros”. A esto le responden las impotentes voces estridentes del campo prohumanitario, cuando denominan a islas como Lampedusa y otros centros de “llegada” frente a las costas del sur de Europa, el “Auschwitz en el mar”.

**Perspectiva**

Las tendencias descriptas no pueden resumirse bajo términos genéricos obligatorios. Forman parte, cada una a su modo, de la inflación del principio “Mundus vult decipi”: “El mundo quiere ser engañado”. Algunos parecen decididos a no seguir dejándose engañar; se sienten abandonados por los que salen airosos de la situación y tienden a darle espacio a la primera falsa promesa. La mayoría de las veces no están dispuestos a admitir que buscan un engaño alternativo. Los otros trabajan en la modernización de los entrelazados sistemas de mentiras.

Entre ellos están los amigos de la verdad, evidentemente constituyen una minoría y apenas son capaces de ocultar su disnea. Dependerá de su comportamiento si experimentamos un segundo respiro de la democracia o si la ola del oscurantismo cínico, que actualmente proviene de Rusia y de algunos países musulmanes, arrastrará con ella a Occidente y al “resto del mundo”.

**Pies de página**

1

Sloterdijk, P., Crítica de la razón cínica, Siruela, España, 2003. En alemán, el libro fue publicado en dos tomos en 1983 por la editorial Suhrkamp, con el título Kritik der zynischen Vernunft.

2

El concepto de Pöbel, generalmente traducido como “plebe”, es desarrollado por Hegel en la Filosofía del derecho. El término plebe puede abarcar no solo el sentido de “pobreza” en sentido material, sino el significado del sentimiento de “indignación” (Empörung). [N. de la T.]

3

Véase la entrevista que le hizo Ulrich Raulff a Jacques Derrida el 11 de septiembre de 2011: “Nadie es inocente”. Texto disponible en alemán en el siguiente link: hydra.humanities.uci.edu

[N. de la T.]

Este ensayo surge de una discusión entre distintos pensadores alemanes sobre la política de refugiados de Angela Merkel, en la que intervinieron desde Navid Kermani hasta Udo di Fabio. Rüdiger Safranski y Peter Sloterdijk atacaron al Gobierno Federal. Safranski exigió en el Weltwoche suizo: “Hay que crear zonas en las cercanías de las áreas de la guerra civil, donde los refugiados estén a salvo hasta que termine la guerra. No se puede hacer nada más. Merkel simplemente no tiene el mandato democrático de cambiar un país así, como es el caso, si dentro de poco tiempo millones de inmigrantes islámicos están en el país”. Sloterdijk, por su lado, diagnosticó en la revista Cicero: “El gobierno alemán se dejó a la merced de la invasión en un acto de renuncia a la soberanía”. Y predijo: “La política de las fronteras abiertas no puede salir bien”. Así empezó la crítica a los “nuevos nacional-conservadores”, que “ya se habrían puesto el casco de acero”. El politólogo Herfried Münkler criticó en el Zeit (n° 7/16) a Safranski y Sloterdijk como “cerradores de fronteras entre los intelectuales”, cuyos “pensamientos en metáforas” les impiden “penetrar analíticamente lo que dicen”. [N. del E.]

# Reflejos primitivos

[Publicado en Die Zeit el 3 de marzo de 2016]

Desde hace tiempo, hay cierto pesar en las ciencias sociales y políticas por el hecho de que no se pueden llevar a cabo experimentos controlados con sociedades, culturas y Estados en su conjunto. Se sigue dependiendo siempre de la observación de acontecimientos originales sobre la base de las decisiones que construyen la realidad, sin poder estudiar una segunda realidad, comparable, en la que decisiones alternativas conduzcan a otros acontecimientos.

Los historiadores relativamente inteligentes saben de la necesidad de la historia conjetural. A veces, la satisfacen respondiendo a la pregunta: "¿Qué hubiera pasado si…?", con especulaciones racionales sobre otros decursos. Los novelistas dotados de ironía tienen más libertad en cuanto a la plasticidad de lo casual en la historia. Le quitan crédito al "fue-así-y-no-de-otra-manera" de las cosas devenidas reales y componen historias completamente diferentes a partir de los elementos de lo fáctico, como demostraron Dieter Kühn en su estimulante novela N y Simon Leys en su ingeniosa La muerte de Napoleón. Ambos pudieron revelar hasta qué punto lo real está lleno de variantes.

Sin embargo, en general, tanto entre los historiadores como entre los politólogos y los sociólogos, domina la tendencia a ceder ante la facticidad. Esto se pudo observar recientemente a raíz de las publicaciones por el centenario del "estallido" de la Primera Guerra Mundial, cuando docenas de narradores, encargados de relatar lo sucedido, se desplomaron ante los hechos consumados. Solo unos pocos llegaron a admitir que, en definitiva, se había tratado de una guerra superflua, en cuyo desencadenamiento se pusieron de acuerdo la coincidencia, la negligencia y la ceguera, también llamada sonambulismo político. La mayoría se inclinó resignada

ante la superioridad de lo fáctico, como si quisieran darle la razón a Shakespeare cuando escribió en Macbeth que la vida era un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia, "signifying nothing". Sobre la base de las mismas disposiciones, los estantes de las bibliotecas se doblan por el peso de cientos de biografías de Hitler obsesionadas por los hechos, pero sigue faltando aún una novela que muestre cómo Adolf H., tras ser liberado del ejército, abrió una tienda floreciente de postales en Salzburgo con un amigo pintor judío, hasta que finalmente murió demasiado pronto y de forma trágica en 1932 durante una caminata veraniega por los Alpes debido al desprendimiento de rocas. De tal novela conjetural saldría a la luz otro siglo XX.

Dado que el monitoreo riguroso en la experimentación con los Estados y las sociedades no es un camino viable para la ciencia de los asuntos sociales, los interesados tienen que buscar otros enfoques para hacer visible en lo fáctico el juego abierto de lo que puede convertirse en el camino hacia el desarrollo. De hecho, encuentran un enfoque de este tipo, uno que en parte reemplaza el experimento, cada vez que una sociedad y su Estado se ven sacudidos por fuertes crisis.

Resulta comprensible que los politólogos y los sociólogos revivan tan pronto como surjan crisis relativamente grandes. No lo hacen solamente porque en tales épocas se sientan menos inutilizados que en otras, sino sobre todo porque en las crisis generalizadas la fábrica de lo social, el complicado sistema de protecciones y soportes que mantienen cohesionado al inmenso todo, se expone de manera mucho más clara que en los "tiempos normales". Esto les otorga a los expertos en asuntos políticos mayores habilidades de interpretación. Un dicho en inglés dice: "Man's calamity is God's opportunity", lo que probablemente signifique que las personas se tornan más susceptibles a la trascendencia en la adversidad. Estableciendo una libre analogía, se podría observar que los estados de necesidad de las sociedades son golpes de suerte para los teóricos sociales. Cuando surge la buena voluntad para la teoría, se la reconoce en el amoralismo metodológico, que exige poner entre paréntesis los intereses vitales y los prejuicios locales mientras dure la investigación. Se ha argumentado que la teoría que sirve para algo prospera solo en espacios frescos y secos. "Un buen espíritu

está seco", dijo Paul Valéry antiguamente. Nietzsche había anticipado mutatis mutandis que quien desee pensar tiene que poder congelarse bien.

Incluso los observadores más opuestos a la situación alemana de estos días están de acuerdo en lo que respecta a una percepción: hay un fuerte aumento de la temperatura en el clima del debate nacional. Mientras que nuestro vecino de la izquierda del Rin, que hace algún tiempo se convirtió en nuestro amigo hereditario, está consagrado desde hace años a su autodecepción, tiritando en silencio y luchando contra depresiones unipolares tanto económicas como psicosociales, aquí, en suelo alemán, el clima evidentemente se ha desplazado hacia la dirección maníaca. Superamos por mucho el límite de los dos grados del calentamiento tolerable. En el microclima alemán se comprueba que hay una nueva excitación como no se había conocido desde los días de la lucha contra la Fracción del Ejército Rojo [raf, por sus siglas en alemán] a fines de la década de 1970, que fue, por cierto, una lección psicopolítica que hasta el día de hoy permanece enigmática. Ya en ese momento se había hecho evidente lo que luego se convertiría en desagradable normalidad al tratar con ataques terroristas recurrentes: que una población de 60 a 80 millones de personas, gracias a la hipermediatización exorbitante de ataques punzantes, se deje conducir a un estado de pánico por unos pocos criminales que actúan como luchadores. Aún se sigue esperando comprender que el complejo Baader-Meinhof significó una derrota del periodismo condicionada por el sistema, más precisamente una derrota del sistema de medios en su totalidad. De hecho, el reflejo mediático de los ataques funcionaba como el servicio de propaganda terrorista más intenso. Además, hubiera sido suficiente releer los Decretos sobre el terror rojo de 1918, de Lenin, para comprender que el terror no es más que una versión del periodismo. Lamentablemente, hasta el día de hoy se busca en vano este documento entre las listas de lecturas para los estudios del periodismo. Solo quien lea a McLuhan y Lenin juntos entenderá por qué el medio quiere ser el mensaje.

Sería una ironía de la historia de las ideas si hoy se encontrara más de una razón por la cual debamos volver a abordar los pioneros de la "psicología materialista" en los inicios de la Unión Soviética,

especialmente Pavlov y Bechterev. Olvidémonos por un momento de lo que la mayoría de por sí desconoce: que Pavlov fue uno de los torturadores de animales más grande de la historia de la humanidad. Detengámonos en lo conocido: fue el descubridor de uno de los "mecanismos" psicofísicos más poderosos que alguna vez se hayan revelado de forma experimental. Junto con Laika, la perra espacial, y las latas de sopa Campbell de Andy Warhol, el perro pavloviano se convirtió en un ícono mundial del siglo XX, al hacer pública la representación de la conexión causal entre los signos y la fisiología. El perro de Pavlov es un animal tan trágico y tan engañado como Charlot, el vagabundo, de Charles Chaplin, que fue el arquetipo del pobre diablo raro. El hecho de que el perro comience a salivar meramente ante el signo que inicialmente acompañó al alimento, incluso si luego no había más comida, contiene una referencia abismal a la capacidad de adiestramiento mediante signos, propia de los seres vivos capaces de aprender. El cuerpo es engañado por la esfera de los signos.

El mismo Pavlov no se arredró ante las aplicaciones de su descubrimiento en sociedades humanas. Como materialista valiente, inspirado por el espíritu de la época de los inicios soviéticos, transfirió el patrón del reflejo condicionado a la convivencia humana en su conjunto, y declaró que todo lo que llamamos "cultura" es un complejo gigantesco de reflejos condicionados. De este modo, todas las disciplinas aparentemente autónomas, como la sociología, las ciencias políticas, la teoría cultural y la semiótica, se convierten en casos especiales de la reflexología superior. También la ciencia estratégica, frecuentemente considerada (junto a la estética) el summum del juicio situacional, aparece a la luz de esta lógica ultrafría simplemente como una forma de aplicación refleja de los reflejos condicionados.

Si uno se dirige, con estos indicadores en mente, a lo que está ocurriendo en la actual "cultura de debate" en Alemania, comprende de inmediato el drama de la pérdida cultural que tiene lugar diariamente tanto en las "redes sociales" como en los medios de supuesta calidad. Si se tiene en cuenta que la cultura está sostenida en los reflejos condicionados y que la reticencia representa el hábito básico de la cultura superior in genere, entonces resulta evidente en qué medida el fogoneo del clima de

debate en nuestro país indica una tendencia hacia la desculturalización.

En otra terminología, se hablaría de irrupción de espontaneidad maliciosa. Lo espontáneo es malo cuando apoya la brutalización del intercambio verbal y físico. Uno puede estar convencido de que Pavlov hubiera observado con gran interés el desarrollo de los debates alemanes. Se sentiría reafirmado en su opinión fundamental sobre la reflexología, siempre que no sean más que signos desencadenantes que permitan que fluya la saliva, real o digital, en los participantes de las discusiones actuales. En el caso de algunos estímulos semánticos, como “frontera”, “inmigración” o “integración”, la expectativa alimentaria del participante cultural adiestrado exitosamente está tan firmemente fijada, que la saliva invade de inmediato. Mientras esté mojado en los foros, se puede suponer que las secreciones se mantienen inofensivas. El perro de Pavlov nunca mordió a nadie, ni siquiera cuando lo alimentaron con señales vacías.

Por debajo del nivel de los reflejos condicionados adquiridos culturalmente, se abren camino, al mismo tiempo, los reflejos preculturales. Estos se manifiestan en una mordacidad más primitiva, en el odio a la discrepancia y en una disposición a denunciar. En tales emociones, se puede reconocer la venganza de los reflejos incondicionados sobre los condicionados. Allí donde las inhibiciones trabajan, las desinhibiciones no pueden estar muy lejos. El admirable sistema de inhibición llamado “Alta Cultura” solo sobrevive controlando a tiempo las irrupciones de lo barbárico, es decir, de la esfera de los reflejos primarios. Una vez puesta en marcha la desinhibición de lo primitivo (incluso si es un “primitivo adquirido”) es difícil de reprimir. Esto se debe tener presente en relación con un fenómeno como el partido Alternativa para Alemania [en alemán, Alternative für Deutschland, afd]. Desde siempre, lo peor es la alternativa a lo grave.

Quien le haya echado un vistazo en los últimos meses a las páginas de debate de las llamadas redes sociales, no pudo ignorar en qué medida se puso en marcha la desinhibición. Observadores anteriores de procesos comparables aclararon perspicazmente su dinámica hace tiempo, cuando notaron que, en todo momento, la

civilización no es más que un barniz sutil de convenciones sobre energías primitivas latentes siempre dispuestas a estallar. Además, la experiencia histórica nos dice que ninguna infamia tuvo que esperar mucho tiempo hasta que alguien estuviera dispuesto a cometerla.

En una situación como la de hoy, un intelectual solo puede actuar y confirmarse como tal profesando la máxima de Spinoza: “No reír, no llorar, no detestar, sino entender”. En la confusión colectiva, con sus sobrecalentamientos y excesos, nada es tan aconsejable y saludable como la voluntad de volver a intellegere —que, como es sabido, significa algo así como “leer entre líneas”—.

Se sabe que la primera víctima de la creciente polémica es el matiz. Desde hace un tiempo, estamos tratando con una alarmante tendencia a la destrucción de los matices; grave, sobre todo, porque la experiencia general de vida revela que a veces entre el bien y el mal solo existen diferencias sutiles.

La destrucción de los matices se basa en un aliado terrible: la necesidad humana de haber tenido y seguir teniendo la razón. Se entiende fácilmente que las personas en mundos inciertos trabajen en construcciones internas de continuidad. La observación relajada de tales maniobras para el propio beneficio se considera el preescolar del humor, según el cual el “Miento, luego existo” pertenece al equipamiento básico de todo individuo que desee pertenecer a los justificados. El “veo-cómo-mientes-bien” será parte del desprecio por la humanidad o de la comprensión total.

Se ha prestado muy poca atención al hecho de que, en una civilización alfabetizada, la mentira desarrolla una variante: la mala lectura deliberada, es decir, el llevar a la práctica el asesinato de los matices. Lógicamente, los intelectuales politizados o que politologizan son los que, con este delito, habitan de forma desproporcionada las estadísticas de asesinos. Se destacan por rodear ideas como mujeres en las vísperas de Año Nuevo.

El autor de estas líneas tiene actualmente la oportunidad de observar, por enésima vez, la efectividad de los mecanismos niveladores de este tipo. Tras la publicación de una entrevista en la edición de febrero de la revista de debate Cicero, que contenía

algunas notas mediológicas sobre el fenómeno del terrorismo y comentarios sobre el déficit de soberanía en la política de asilo e inmigración de Berlín, así como una indicación de la vulnerabilidad y carácter sensible de las fronteras, estalló una tormenta de "comentarios" que no tenían ninguna relación significativa con el acontecimiento.

Era evidentemente un caso de polémica refleja en el invernadero de la clase debatiente. Todo comenzó con un disparo rápido en el Tagesspiegel de Berlín, en el que a un hombre hiperexcitado le pareció inteligente fabular con "cascos de acero" en las cabezas de intelectuales supuestamente "nacional-conservadores".

Aun cuando fuera producto de la locura, esta tiene un método. Si el autor hubiera abordado mis consideraciones, disponibles para todos, sobre la diferencia entre las sociedades-container modernas, de paredes macizas, y las sociedades-membrana posmodernas, de paredes finas, (como dos estados agregados del Estado nación), que desarrollé en el contexto de la teoría de las esferas de 1997 a 2004 y en el libro En el mundo interior del capital (reutilizando la metáfora del "palacio de cristal" de Dostoievski), hubiera evitado ponerse él mismo, a causa de su ignorancia, en estado de sobrecalentamiento.

Esto es, por cierto, un clásico fenómeno pavloviano, como cuando se quiso representar a Rüdiger Safranski como un extremista xenófobo y una influencia para las agitaciones de derecha. Nunca en mi vida he conocido a un espíritu más generoso, más humanitario y más integrador que él. A lo largo de toda su obra, Safranski ha trabajado en pos de la reconciliación de una cultura históricamente enferma con sus mejores potenciales. Con una serie de excelentes libros sobre algunos de los mejores nombres de nuestra historia del arte y de las ideas, les concedió a innumerables contemporáneos nuevos accesos a los clásicos del idioma alemán. Que su nombre ahora sea utilizado por los especuladores políticos de la enfermedad para una agitación contra un autor que podría haber sido su terapeuta solo puede verse como una perversión.

Me gustaría añadir unas breves palabras sobre la polémica con Herfried Münkler sobre mis comentarios y los de Safranski acerca de las migraciones desreguladas y los "flujos" desbordados de

refugiados. El caso tiene un lado atractivo, porque Münkler no es ningún ladrador pequeño, como aquel periodista de filosofía del bastión de tontos de Colonia, periodista que obviamente todavía no sabe quién es ni cuántos [4]

… En cambio, Münkler demostró ser un autor con postura. Tanto más sorprendente es entonces la capacidad de lectura errónea que demostró en un artículo de este diario de hace unas pocas semanas.

Es cierto que Safranski y yo expresamos preocupación por la "inundación" de Alemania con olas incontrolables de refugiados. En mi opinión, nuestras declaraciones expresan de forma precisa una preocupación conservadora de izquierda por la amenazada cohesión social. El conservadurismo de izquierda, que es mi color desde hace mucho tiempo, se incluye entre los matices que están en peligro de desaparecer en un clima hostil a las diferencias. Varios comentaristas ciegos a los matices deducen de mis opiniones tendencias "nacional-conservadoras", por no decir tendencias neoextremistas de derecha, hasta el apoyo a las locas posiciones de la afd. Pero quien "deduce", puede ser un embaucador. Cuesta imaginar mayor distorsión de mis opiniones y sus fundamentaciones. Nunca dejé lugar a dudas de que yo, aunque provenga de la izquierda universalista, también quise aprender, a lo largo de los años, a darle la razón a intereses que conservan su carácter de "particulares". Hago esto bajo la premisa de que lo particular consciente de la libertad es, hasta nuevo aviso, el único vehículo viable de lo universal.

Sin embargo, dado que entre intelectuales nunca creo en "malentendidos" (esto es diferente en el caso de las personas ingenuas), sino que sistemáticamente parto de lecturas falsas intencionales, es decir, de reflejos condicionados de segundo grado, me parece razonable investigar los motivos de las interpretaciones erróneas evidentes. Por el momento, me limito al caso de Münkler, ya que en él no hay que suponer mecanismos pavlovianos de palabras clave. Su irritación por las declaraciones hechas por Safranski y por mí debería ser en este caso de un tipo distinto al simplemente reflexológico.

De hecho, nuestro disenso surge de respuestas contradictorias a la

pregunta de si la política de Merkel, en vista de la ola de refugiados desde el último verano, es más que una reacción inútil a lo inesperable. Safranski y yo, independientemente el uno del otro, le dimos la razón a la opinión popular que en su amplia mayoría está de acuerdo con que la propaganda de bienvenida de Merkel fue una improvisación de último momento que quiso hacer de un bochorno una medida sensata.

Por cierto, tal interpretación sería bastante comprensible y no necesariamente difamatoria. En un mundo moderno hipercomplejo, la política está determinada, en mayor medida, por la improvisación, incluso más de lo que quisiera admitir el electorado, que prefiere creer en una inteligencia superior y en una planificación a largo plazo. Casi nadie quiere darse cuenta de que, con frecuencia, el viento sopla fuerte en los puentes de los altos mandos y hace que se pierda el norte. Incluso puede ser que la primera reacción de Angela Merkel haya sido correcta en términos de situación, ya que detuvo la repentina redesfiguración de Alemania. Definitivamente, ahora ya no es así. El hecho de que la canciller se haya tomado tanto tiempo con las contramedidas, se puede indicar como un error objetivo. Incluso Otto von Bismarck observó, en aquel momento, que su política europea de equilibrio, percibida entonces como superior, no había sido más que “un sistema de suplentes”. El hombre más poderoso de la historia reciente de Europa, Napoleón Bonaparte, confesó en su Memorial de Santa Elena, que en verdad él nunca había sido dueño de sus acciones. Uno estaría mal asesorado si esperara más de una figura de transición, vagamente experimentada, como la señora Merkel, que de esos héroes de fuerte personalidad. La moderación de las ambiciones no cambia mucho en el desarrollo arriesgado de las cosas. Incluso los errores de los actores mediocres pueden tener consecuencias perniciosas a largo plazo. El hecho de que la política esté cambiando cada vez más hacia la gestión de la fatalidad es propio de la naturaleza de los procesos multifactoriales. El juego con el azar se está volviendo, a su vez, cada vez más aleatorio. El arte de domar el azar está resultando ser más difícil de aprender que nunca. En este momento, está en buenas manos con el ministro alemán de Asuntos Exteriores.

Agradecería si el Zeit nos invitara a Rüdiger Safranski, Herfried

Münkler y a mí dentro de cinco años, si es que todavía nos encontramos entre los vivos, para intercambiar nuestras perspectivas en un debate público. Qui vivra, verra. Una equiparación de falibilidades debería ser informativo para aquellos que tengan que vincularse más adelante con el statu quo.

Entonces, le preguntaría nuevamente al señor Münkler cómo justifica su asombroso cambio, gracias al cual pasa de ser un entendido del imperio erudito —una posición que se puede entender dentro de los límites— a un politólogo galán, que como tal le atribuye ahora un grand design al negocio imperturbablemente confuso de la señora Merkel. Al parecer, ignora deliberadamente hasta qué punto las directivas políticas se basan hoy en día en mecanismos autohipnóticos. La imposibilidad de reconocer el camino correcto se compensa cada vez más con autosugestiones. En el reino de la autohipnosis, a uno le gustaría creer que no solo los sueños, sino también las fórmulas mágicas, se hacen realidad.

Lo sorprendente es que el régimen autohipnótico se aplique tanto para los políticos como para los politólogos. El señor Münkler evidentemente quiere destacarse como confidente de una razón estratégica que se encuentra en la cima del Estado alemán. Comparados con él, Safranski y yo solo somos rentistas ignorantes. Cómo desearía que tuviera razón. Si, después de varios años de la invasión afirmativa, recién cinco millones de solicitantes de asilo están en el país, solo se puede rezar para que haya habido un plan maestro. Quizás el discurso de Merkel, hasta el día de hoy sin fundamento, sobre la “solución europea” todavía se pueda llenar, en los próximos años, con una sustancia utilizable.

En cuanto a los recientes ejemplos de fracasos de estrategas, pregunto: ¿no quedaron sistemáticamente en ridículo, en el escenario de la política mundial, durante décadas, los orgullosos asesores de conflictos y los forjadores de estrategias, desde la Guerra de Vietnam hasta las debacles iraquíes y sirias? ¿No fue la “racionalidad estratégica”, especialmente en la política exterior imperial interpretada de forma münklereana de los Estados Unidos, la puerta de entrada a los errores más fatales? ¿La “estrategia” no sirvió siempre como excusa para el intervencionismo ciego al futuro, empezando por la desestabilización de los regímenes no

deseados y terminando con el abandono de los Estados destruidos al caos, al terror y a las interminables guerras civiles? Este tipo de comprensión de la estrategia basada en la imperiofilia enérgica nos la podemos seguir ahorrando.

Como ciudadano reflexivo de la República Federal Alemana, dotado de impulsos críticos de impronta europea clásica, pero sin ambiciones mefistofélicas, me gustaría que el señor Münkler, de aquí a cinco años, presente una respuesta aceptable a las preguntas que por la presente se han insinuado. Para entonces, una mayor proporción de público habrá debido ejercitar la diferencia entre respuestas y excusas mejor de lo que lo hace hoy. Para hablar abiertamente: sería un gran alivio para el señor Münkler y para los ciudadanos de nuestro país, viejos y nuevos, si pudiéramos decir en el año 2020 que la señora Merkel tenía razón frente a sus críticos. Pero los milagros no suceden por encargo.

Mientras tanto, creo que el señor Münkler debería aprovechar la oportunidad para reconsiderar sus impertinencias ocasionales. Aparentemente, sus tesis polémicas (estaba lo suficientemente emocionado como para calificar mis tesis como inquietantes y las de Safranski como “discursos sin sentido”, ingenuos) también provienen, en parte, de la esfera de los reflejos preculturales, sobre todo del comportamiento territorial y de la ambición de poder interpretativo. ¿Acaso nuestras preocupaciones no son demasiado reales como para que puedan llegar al nivel de disputas entre intérpretes de las crisis? No puede suceder que, precisamente entre los intelectuales, los reflejos incondicionados prevalezcan frente a los condicionados.

**Pies de página**

4

Sloterdijk hace referencia a Richard David Precht, que en 2009 publicó ¿Quién soy y cuántos…? en la editorial Ariel. [N. de la T.]

# Las epidemias políticas

[Publicado en Handelsblatt, 15-17 de julio de 2016]

## 1.

Deben reconocerlas por sus consignas: el acrónimo “Grexit” fue lanzado en el año 2012 por un miembro del Citigroup de Nueva York, un “analista” llamado Ebrahim Rahbari, responsable de inventar contraseñas e indicadores de tendencias en beneficio de su empresa para manipular al público constituido por inversores europeos.

Esta breve fórmula, tan práctica como fea, que representaba la posible salida de Grecia de la unión monetaria europea, se extendió rápidamente en los medios del Viejo Mundo como una fiebre aftosa semántica. Es fácil comprender por qué la esfera mediática, competente según nosotros, aceptó con gusto la expresión: ya que en ese entonces tuvo que dar por perdidos muchos miles de millones, al menos quiso seguir una rigurosa política de ahorro en lo concerniente a las sílabas.

La historia actual nos enseña que los virus artificiales tienden a mutaciones aceleradas. Tan pronto como la crisis griega pasó a un segundo plano en el ámbito mediático, un mutante del norte dio de qué hablar. Esta vez, no fue simplemente la eventual salida de un miembro de la unión monetaria lo que estuvo en el centro de la agenda, sino nada menos que el rechazo por parte de una nación egoísta del precario artefacto político llamado Unión Europea. Desde 2011, el ahorro de las sílabas se impuso como nuevo estándar retórico. Quien hubiera preferido hablar de “la salida del Reino Unido de la Unión Europea” en vez de “Brexit” habría sido culpado por ser un charlatán que pierde un valioso tiempo de discusión en

detalles innecesarios.

En verdad, las aberraciones morales y políticas empiezan casi siempre con descuidos lingüísticos. Los eventos del 23 de junio de 2016 y anteriores proporcionan un claro ejemplo de esto. Ya el clon verbal "Brexit" contiene una gran parte de la basura populista que volvió a surgir en el "debate" sobre el asunto propiamente dicho. Si uno entiende el populismo como una forma de agresión a través de la simplificación, es evidente cómo la abreviatura absurda "Brexit" le abrió las puertas a esa tendencia. Sin embargo, también le debemos al fenómeno del populismo la ligereza mental, expresión de su poco profesionalismo, que le dio la idea al primer ministro británico de un referéndum objetivamente superfluo. Sin ninguna necesidad, Cameron se dejó llevar por el mal camino, guiado por el neurótico de la independencia, Nigel Farage.

Igual de regresiva y populista era la expectativa de los europeos continentales de que no se llegara a tanto. Para todos los juiciosos era evidente que Cameron, debido a un reflejo insensato, les había tendido una trampa a sus compatriotas, en la que no pudieron evitar caer. ¿Cómo fue posible que un político conociese tan poco a su propia nación? ¿Realmente tienen razón aquellos diagnosticadores que dicen que la clase política vive per se en un mundo paralelo? ¿Nadie, entre los mejor informados, volvió a leer el discurso de Churchill en Zúrich, en septiembre de 1946, que contenía la sugerencia de fundar los "Estados Unidos de Europa", por supuesto, sin incluir a Gran Bretaña?

Después del 24 de junio, que será recordado como el "día después", rara vez alguien se molestó en volver a observar el resultado del referéndum con la sobriedad necesaria. De los 46 millones de votantes del país, alrededor de 17 millones votaron por "leave" [irse], 16 millones por "remain" [permanecer], 13 millones por "déjenme en paz con su política de excitación idiota".

En estos números se oculta el mensaje de la fecha crítica. Si se suman los números de los indiferentes y de los proeuropeos, se observa entonces que el partido a favor de la salida solo representa un poco más de un tercio de los británicos. Por lo tanto, no es sorprendente que ya el día después del anuncio de los resultados de las elecciones haya estallado una discusión sobre la falta de

representatividad del referéndum. Es muy posible que el electorado británico haya votado en vano. La cuestión de qué pudo haber significado el resultado de la votación es algo que podría mantener ocupados a los británicos y los europeos continentales hasta que haya sido olvidado el referéndum. Es probable que sus consecuencias prácticas se pierdan en lo intangible, aparte de las reacciones apresuradas de los especuladores. Un nuevo referéndum es superfluo, porque el primero desaparecerá después de años de negociaciones.

En realidad, los acontecimientos en el Reino Unido solo pueden apreciarse como un episodio de política experimental. La irrupción de lo experimental, de lo poco sólido, incluso de lo neurótico en el ámbito político, definitivamente no es algo inédito en Europa. Para limitarse a carreras recientes, es suficiente recordar fenómenos como Berlusconi y Sarkozy.

Ambos nombres ilustran cómo los electores en las democracias tienden a empatizar con las necesidades de los políticos frívolos, que necesitan un juguete gigante, del tamaño de una nación, para su realización personal. Aparentemente, existe en las poblaciones modernas —ya no podemos hablar más de pueblos— un anhelo por la incompetencia en el poder. En la actualidad, esta tendencia puede observarse en bastantes países de Occidente; en primer lugar, en los Estados Unidos, donde un payaso desinhibido asume la presidencia, pero también en entidades políticas del Viejo Mundo, en especial en Polonia, Austria, Francia e Italia, donde la aclamación por lo inadecuado adquirió dimensiones sorprendentes. Últimamente, la Alternativa para Alemania [en alemán, Alternative für Deutschland, afd] contribuye al concierto de los incompetentes.

El deseo generalizado de la incompetencia en el poder se expresa a través del comportamiento electoral populista. En este sentido, se establece en un breve plazo de tiempo un espiral frívolo entre los seductores y los seducidos: ambas partes saben muy bien que no se trata de eso, pero antes de que ocurra una emergencia, se actúa como si se hubiera hecho uso bona fide como ciudadano responsable de un derecho garantizado. En su forma tanto activa como pasiva, el derecho de sufragio incluye la licencia para un comportamiento desafiante y para jugar con fuego. Existen serios

indicios para creer que los politólogos pronto crearán una carrera conjunta con los psicólogos infantiles.

En lo que a Gran Bretaña atañe, debería ser evidente que los que se abstuvieron son quienes decidieron el referéndum. Ellos son los principales destinatarios de una política que se puede describir como la práctica de la "desmovilización asimétrica". [5]

Por más horroroso que parezca este término sabiondo, así de evidentes son los efectos del asunto en sí. La expresión indica una política por temas que hace que el oponente actúe con indiferencia, mientras que mantiene animados a sus propios seguidores: en el Reino Unido, la adhesión del país a la ue fue un tema perfectamente oportuno para la desmovilización asimétrica. Antes del referéndum organizado por Cameron, esta cuestión difícilmente hubiera provocado alguna reacción en un buen británico, ni la más leve. La agitación de los defensores de la independencia despertó del sueño político a la parte apropiada de la población, mientras que muchos otros simplemente cambiaron de bando.

En suelo europeo, elevar la edad de jubilación sería un tema de cuantía análoga, pero parece prácticamente haber desaparecido debido a la ineficacia de las socialdemocracias. El plebiscito sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea solo llevará a una irritación fructífera si se lo considera como ejemplo de una variante traicionera de la "política" populista. ¿Debe enfatizarse entonces que Gran Bretaña —el invernadero original de la democracia— alberga a la nación de la Tierra más normal en asuntos de política, más pacífica y acostumbrada a los conflictos como ninguna otra? En comparación con los británicos, los franceses parecen ser tradicionalmente movidos por una histeria abstracta, los italianos por una dispersión excéntrica, los alemanes por un desgarradora melancolía que los hace oscilar, volviéndolos imprevisibles, entre exaltaciones y banalidades. ¿Qué debe entenderse entonces cuando una campaña de agitación como la del activista del leave, Nigel Farage, pudo llevarse a cabo con éxito en el país de origen de la democracia?

La respuesta a esta pregunta se puede encontrar en una disciplina que se conoce, entre la gente educada en nuestros tiempos, como

“teoría de los medios”. En la Antigüedad y en la Edad Media se habría llamado “retórica”, definida como el control de la comunidad a través de la palabra pública. Tras el 23 de junio de 2016, se podría constatar de manera definitiva: según su modo funcional primario, los medios de comunicación modernos son menos medios informativos que portadores de infecciones. Lo que pretende ser información no suele ser más que emoción, envenenamiento y destrucción del juicio público. Solo en la superficie la democracia tiene lugar como intercambio de argumentos y contraargumentos. En el fondo, es un enfrentamiento constante entre epidemias estratégicas y vacunas. Como se acaba de demostrar, aquel que puede incitar a que el pueblo más inteligente del mundo, políticamente hablando, lleve a cabo acciones contraproducentes de supuesta autoafirmación, está suministrando pruebas acerca del poder de las epidemias artificiales.

La profesión periodística generalmente no quiere entender que la frase “la prensa miente” no es una señal partidaria, sino que formula un diagnóstico del sistema. Debido a que los grandes cuerpos políticos solo pueden ser integrados, por razones sistémicas, a través de los efectos mediáticos, la información sobre el impacto de los medios es un desiderátum que debería presentarse ante las constituciones escritas. El punto ciego de todas las constituciones son los medios de comunicación en su función de violencia indirecta. El hecho de que la prensa pueda mentir descaradamente no es un descubrimiento de la extrema derecha de hoy. La comprensión de los peligros de la “peste negra” —para recordar la frase de Karl Kraus— acompaña la historia de la Ilustración desde Lichtenberg y Heinrich Heine hasta Enzensberger y Baudrillard. La democracia es la emergencia de la epidemiología.

En este contexto, la rápida renuncia del más famoso defensor del leave, Nigel Farage, es significativa. Él tiene el mérito de haber revelado, a su pesar, la mecánica del populismo: cuando el “pueblo” exige ser conducido a lo imposible, se le hace el favor con mucho placer. Se incita a las personas accesibles, al resto se las deja como están. Las epidemias siguen sus propias reglas y, por lo general, desaparecen repentinamente. Luego, uno vuelve a los bienes. Pero hay que tener algo en claro: no todo lo que abandonan las ratas es un barco que se hunde.

## 2.

Desde el discurso de Churchill en Zúrich en septiembre de 1946, es evidente la incomprensión que existe entre europeos insulares y continentales en los asuntos sobre Europa. Cuando Churchill articuló la idea de los "Estados Unidos de Europa", presente en el aire de aquel tiempo, no pensó en ningún momento que Gran Bretaña podría estar implicada. La bendita isla debería tener la misma actitud hacia esta futura entidad que hacia el continente traidor, ubicado más allá del Atlántico, que había sido lo suficientemente audaz a fines del siglo XVIII para darse el nombre de los "Estados Unidos de América". En 1946, la Gran Bretaña de Churchill era un sujeto político que, aunque ilusorio, todavía se sentía lo suficientemente soberano para exigir la misma distancia con la lejana América que con la cercana Europa. Ya sea aquí o allá, el Reino Unido pertenecería siempre a una categoría diferente a la de los Estados Unidos.

El 23 de junio fue una reacción —unos setenta años atrasada— a la contribución silenciosa e irónica de Churchill. Lo que los europeos continentales no entienden hasta el día de hoy es que Churchill sabía de lo que hablaba, tanto para su propia época como para las décadas posteriores. De hecho, el Reino Unido todavía no "pertenece" al artefacto que se llama "Europa" desde la década de 1950. La palabra "United" se puede traducir de diferentes maneras. Para quien se identifique con un "reino unido" no tendrán mucho sentido las formas no británicas de unificación.

Es cierto que en la isla, desde el comienzo de la era moderna, se tuvieron opiniones firmes sobre los acontecimientos que sucedían en el continente. Durante siglos, desempeñó frente a él el rol de un poder compensatorio. Pero la isla nunca fue una parte efectiva del otro lado. Sus habitantes estaban totalmente convencidos de construir un mundo aparte para ellos. No era una fantasía extraña, como creía el continente, propia de un pueblo de energúmenos frecuentadores de pubs y clubes. Más bien expresaba una percepción indiferente a los hechos geopolíticos. Mientras se tengan treinta y dos colonias en todo el mundo —o al menos el recuerdo de

tales posesiones—, no se solicitará la membresía a una asociación de naciones cansadas de la guerra mundial. Incluso la Inglaterra poscolonial, a pesar de haber tenido algunos gestos en dirección al continente, nunca podrá convertirse auténticamente en una parte de él, porque siempre se ha orientado a la angloesfera. Australia, Nueva Zelanda, los Estados Unidos y Canadá siempre estuvieron más cerca de los británicos que los países del continente europeo.

Desde una perspectiva teórica del populismo, después del 23 de junio surge una imagen para nada sorprendente. Ahora, más que nunca, se evidencia que las campañas mediáticas basadas en mentiras manifiestas, desinformación dirigida, incitaciones calculadas y negaciones obstinadas de la realidad, producen efectos en las masas de votantes, incluso en aquellos con experiencia política. Para reconocer esto, no es necesario recordar los años mórbidos de Europa, antes y después de la Primera Guerra Mundial. También los ejemplos recientes son significativos, en especial el hecho de que Tony Blair haya podido involucrar a su país en la guerra de Irak del lado de la potencia mundial de las mentiras, los Estados Unidos dirigidos por Bush, sin encontrar resistencia suficiente. El primer ministro británico de esa época fue responsable de una maniobra de insinceridad planificada, que equivalió a un golpe del gobierno en contra de los intereses nacionales. Los efectos secundarios de esa falsificación irritan al mundo actual bajo el nombre de “Estado Islámico”.

¿Pero qué lección se llevan los Estados existentes con constituciones democráticas del hecho de que últimamente incluso una milicia terrorista quiera llamarse a sí misma “Estado”? En la era de la descolonización, Europa exportó descuidadamente un concepto de Estado que desdibuja la diferencia entre criminalidad y liderazgo político. El maestro de la Iglesia, San Agustín, había formulado la siguiente pregunta retórica: “¿Qué otra cosa pueden ser los Estados más que bandas de ladrones agrandadas, tan pronto como la justicia se hace a un lado?” (Remota iustitia quid sunt regna nisi magna latrocinia?). Blair había conducido frívolamente a Gran Bretaña a la línea de las bandas de ladrones. Farage y sus seguidores independentistas demostraron ser los blairistas más leales. Reconocieron el principio básico de que, una vez que se empieza a mentir, hay que seguir con la mentira hasta el final.

La mayoría de los ciudadanos que estaban a favor de la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea estaba compuesta naturalmente de manera compleja: ancianos contra jóvenes, personas pudientes contra personas precarias, élites contra excluidos, personas con educación contra personas sin educación, personas de la ciudad contra campesinos. Como ya se señaló, la parte decisiva de los facilitadores de la salida pudo haber consistido de aquellas personas a las que no les importaba el resultado del referéndum. Si a eso se le suma el despertar retrospectivo de los indiferentes, podemos suponer que el United Kingdom lamenta haber dado su voto como fue escrutado. El "día después", la mayoría latente, incluidos los indiferentes, se sintió desenmascarada, como una comunidad entregada a la mentira, pero a su vez simpatizante con ella.

La democracia experimental significa tener que aceptar resultados indeseados como los resultados de una mayoría razonable. Si se desea registrar el 23 de junio como fecha de una historia de aprendizaje, tendría que señalarse, a modo de definición, que los medios modernos de "comunicación" son capaces, en todas partes, de confundir al electorado. Tienen el potencial de desestabilizar incluso a las democracias maduras. En las no-democracias producen, de todos modos, el éter de las mentiras que las poblaciones respiran todos los días. El día crítico de Gran Bretaña marca un hito en la historia del éxito de las prensas democráticas mentirosas. No en vano, durante meses, los medios de ilusión masivos habían desempeñado un rol en la desinformación de los ciudadanos, a pesar de una fuerte defensiva de los medios de calidad. Alcanzaron el éxito movilizando a los excitables y dejando a los tranquilos en un estado de desmovilización.

Con observaciones de este tipo, nos acercamos al proceso central del llamado "populismo". Una vez comprendido el populismo como una forma agresiva de la simplificación, sabemos también por qué sus seguidores aceptan de antemano su falta de resultados. Para ellos, la política de "los de allá arriba" es per se el procedimiento que no conduce a nada. En todo populismo, el deseo de liberación de la realidad juega un rol decisivo: donde aparece el populismo, tiene lugar una Independence party. De hecho, la independencia deseada no es solo la de la Bruselas de Juncker, la de la Berlín de Merkel o la del impenetrable Tratado de Lisboa. El populista

integral siempre vota por un movimiento que sigue este lema oculto: “Por la presente, me retiro de la realidad”.

## 3.

¿Qué alternativas le quedan a Alemania ahora que parece haber perdido el contrapeso del Norte, experimentado en política internacional? Desde que existe la Alternativa para Alemania, nuestro país también posee un partido de imposibilidad que se gana las simpatías de innumerables personas frustradas. Se entromete, con tonos propios, en el concierto paneuropeo de los incompetentes.

Al mismo tiempo, la balanza de la Realpolitik se inclina hacia el lado alemán, ya que, teniendo en cuenta la inestabilidad económica y psicosocial de las naciones latinas en Europa, no existe otra fuerza política para afrontar las funciones directivas actuales con la seriedad necesaria. El hecho de que Francia vea actualmente a François Hollande como el político más mórbido en su dirigencia desde fines de la Edad Media, hace que el rol alemán no sea menos complicado: el tándem de liderazgo franco-alemán, en el que se basan todas las expectativas razonablemente realistas para una Europa con capacidad de acción, no puede trabajar con un socio tan débil e impopular en su propio país. A diferencia de Angela Merkel, que sabe cómo usar la morbidez como fuerza, la insignificancia de Hollande se puede considerar como un paso en falso. Le sustrae a la alianza franco-alemana la autoridad que sería necesaria para orientar a los “otros” veintiséis hacia un rumbo común.

La morbidez rara vez viene sola. El autor de estas consideraciones tuvo recientemente el dudoso placer de ser atacado, en la revista Der Spiegel, por el líder desdibujado del

spd

[6]

, Sigmar Gabriel, quien afirmó que yo había dado directivas a la afd. Esta situación se desencadenó a partir del hecho de que mi

“alumno”, hasta ahora de bajo perfil académico, Marc Jongen, apareciera en la escena desde hace un tiempo como “precursor” de la afd, a pesar de mi recomendación de abandonar el partido lo antes posible y de cerrar la puerta tras de sí con un fuerte estallido. Sin embargo, él sigue creyendo que puede influir a su partido en términos políticamente razonables, lo que para un hombre con una cierta formación filosófica puede no ser una intención tan incorrecta.

El hecho de que la prensa juzgue como jefe a quien solo fue un colaborador temporal se le puede atribuir a la tendencia colectiva de simplificación. Hubiera preferido que Jongen se hiciese conocido por obras publicadas, en vez de por proporcionarles lemas a los entrevistadores ávidos de excitación. Sus interlocutores bien podrían haberle preguntado por qué, a pesar de las condiciones laborales sumamente privilegiadas, no pudo escribir un solo libro en diez años. Solo estaban interesados, como es típico de la prensa, en sus lemas, reunidos a fuerza de préstamos, para la configuración mental de un partido de protesta. Nunca oculté mi rechazo hacia la afd, ni siquiera en la fase previa a que mostrara las caras del antisemitismo, la xenofobia y la irresponsabilidad que han salido ahora a la luz.

En cuanto a las palabras de Gabriel, creo entender los mecanismos que lo llevaron a publicarlas. Gabriel lucha indefenso, como lo suelen hacer los perdedores designados. Su tarea de llevar al spd a la insignificancia quedó claramente demostrada. Como es típico de personas para las que todo juicio se ve afectado por una alta incertidumbre, él confía en informantes que alimentan su necesidad de ilusión. De ahí, el disparate que dijo en Der Spiegel. A esto solo se puede reaccionar de manera filosófica, especialmente haciendo referencia a la distinción introducida por René Descartes entre res extensa y res cogitans. El señor Gabriel es claramente una materia extensa, cuyo ritmo de extensión la materia pensante no pudo mantener.

La polémica personal no debe llevar a desatender la cuestión concreta. Bajo la influencia del referéndum británico, Sigmar Gabriel convocó en estos días a gestionar una “refundación de Europa”. Este globo de diálogo, que se eleva desde las

profundidades de la irreflexión, apenas merece un comentario. Europa no necesita ser refundada —y mucho menos desde una base de resentimiento popular—, porque desde el primer momento fue una construcción basada en un espíritu de cooperación de las élites políticas lúcidas. Quien desea "refundar" Europa o, aún peor, "popularizarla" —también se dice, con ignorancia, "democratizar"—, solo demuestra que nunca ha entendido nada del suceso llamado "Europa". Lo que llamamos "Europa" es, desde hace poco más de medio siglo, un proceso en gran medida autónomo, que se independizó de las manifestaciones de voluntad y de los cambios de humor de sus miembros.

La fortaleza de Europa reside en el hecho de que forma un sistema de cooperación basado en el reparto de ventajas materiales y experiencias comunes de "valor", sin tener en cuenta las turbulencias y el estado de ánimo del día. Siguiendo este proceso, el continente continuará su camino, trazado de antemano y de manera sistemática, sin importar lo que puedan decir los "refundadores" y otros entusiastas acerca de su desacuerdo en cuestiones de política financiera, de política de asilo, de política de seguridad y otras. Términos acalorados como "profundización" y "ampliación" solo hacen daño.

A los narcisistas ofendidos de Europa ahora les gustaría castigar a los británicos por sus votos. En un par de años, reconoceremos que no habrá cambiado mucho el proceso europeo como tal. El continente, ya sea que tenga o no el apoyo de una pequeña mayoría de británicos, es una realidad tan fuerte que no necesita volverse popular, ni en el continente ni en la isla. Por el contrario, una Europa popular, fundada supuestamente de forma "democrática", sería detestable: sería ostentosa, paranoica e imperialista, como todo lo que creció hasta ahora en el campo político mundial. Sin embargo, sus instituciones pueden subsistir con una participación electoral débil del 30%. Sus debilidades son su mayor ventaja. Si el señor Gabriel exige una refundación por impotencia o si el señor Soros apuesta a la desintegración por cinismo, ambos son gestos verbales inútiles que no tienen nada que ver con los acontecimientos reales en Bruselas, en Estrasburgo y en veintisiete capitales.

La fortaleza de Europa radica en la independencia de sus instituciones con respecto al estado de ánimo. Tras la Iglesia católica, la Unión Europea es la primera figura de la historia resistente al populismo. Ella ilustra, por primera vez, que una gran estructura política, sin ser un imperio, puede existir y alcanzar un nivel de coherencia suficiente para sobrevivir. Con una población de más de 500 millones de personas, Europa supera con gran diferencia a los Estados Unidos, por no mencionar al aspirante a neoimperio de Putin. Por lo tanto, Europa sigue siendo, por el momento, la primera y única estructura política que se extiende sin mostrar los malos modales del imperialismo. Pero ella nunca regresará a la zona insípida de libre comercio, por la cual votan minimalistas inteligentes de procedencia utilitaria. Démosles el placer de predecir la desintegración de la Unión a los estadounidenses dispersos, a los rusos heridos, a los turcos rabiosos y a nuestros otros rivales. La impertérrita mediocridad de Europa dejará tras ella, con el tiempo, todas las alternativas impracticables. Quien habla de "refundación", le ladra a la luna. El principio taoísta siempre se aplica a Europa: el camino es el objetivo.

Entonces, dejemos a los británicos en paz. Si se muerden la lengua, es asunto suyo. Los políticos realistas saben que el bilateralismo presenta una alternativa efectiva a la adhesión. Se intercambian acuerdos un poco más complicados por normas comunitarias casi igual de difíciles. Las naciones que han seguido un camino diferente, como Noruega y Suiza, demuestran que este régimen funciona cum grano salis, de manera excelente. Por cierto, ¿quién querría contradecir a alguien que afirme que los noruegos y los suizos son los mejores europeos?

Con aquellos que definitivamente quieren escaparse de la realidad, las negociaciones no tienen ningún sentido. Tomemos el 23 de junio como lo que fue: una prueba de resistencia que puso a prueba las fuerzas aglutinantes de la idea europea. Para la Europa real, no fue más que la comprobación de la sospecha de que Gran Bretaña solo se adhirió a la Unión en 1973 para torpedearla mejor desde adentro. Margaret Thatcher lo expresó de forma clásica: "The union is not an end itself" [La Unión no es un fin en sí mismo]. Incluso cuarenta años después de la "adhesión" británica, esto es también lo que pensó la reina, cuya neutralidad deshonesta contribuyó al

resultado electoral del 23 de junio. No tuvo que tocar ninguna urna para enviar a sus compatriotas movilizados la señal del leave.

Europa pasará el examen. No será la primera vez que medios equivocados conduzcan a resultados correctos. Vendrán otras pruebas. Sabemos que los autodestructores están entre nosotros. Aprenderemos a contraponer, a la voluntad de irresponsabilidad en el poder, la resistencia de los adultos.

**Pies de página**

5

Véase Heiner Mühlmann, “Politschläue” [Astucia política], Neue Zürcher Zeitung, 5 de julio de 2016.

6

Partido Socialdemócrata de Alemania. [N. de la T.]

El texto es la versión abreviada del discurso de agradecimiento que dio Peter Sloterdijk al recibir el Premio Ludwig Börne en la iglesia Paulskirche de Frankfurt. El título es una alusión a las Consideraciones de un apolítico de Thomas Mann (1918).

# Reflexiones de un apolítico

[Publicado el 19 de junio de 2013 en Frankfurter

*Allgemeine Zeitung (FAZ)]*

Me parece una buena costumbre esperar de quien recibe una gran distinción cultural algunas palabras sobre la autocaracterización en virtud de la cual se relaciona con la idea del premio que debe recibir. Quiero cumplir con esta expectativa tratando de hablar sobre el sistema de simpatía que he descubierto como propio durante décadas, y, al hacerlo, debería quedar claro cómo se relaciona con el complejo que representa el escritor y periodista liberal del período previo a la Revolución de Marzo, Ludwig Börne.

Mirando en retrospectiva los más de treinta años que pasaron desde la publicación de mi primer libro, titulado Crítica de la razón cínica, sigo pensando que ninguna persona razonable habría elegido voluntariamente tal trayectoria. Sin embargo, convertir lo voluntario en involuntario es parte de las reglas según las cuales tiene lugar la éducation sentimentale del intelectual, tanto en nuestros días como en los de Börne, Büchner, Heine, Heß, Bauer y Marx, por citar solo nombres del siglo xix.

Si hubiera sido por mí, por mi materia prima psicológica, y si hubiera sido fiel a las inclinaciones anteriores, tal como se revelaron en los primeros libros, me habría imaginado incansablemente el encuentro entre Diógenes y Alejandro, y hubiera aplicado de forma generosa la frase “Apártate, que me tapas el sol” a los circunstantes poderosos y a los ensombrecedores de nuestros días.

Si hubiera seguido esta primera pista, nunca habría aceptado una razón imperiosa para darle la espalda a la provincia meditativa en la que residía desde que había respirado el aire de otros planetas en la India a fines de la década de 1970. Habría entendido firmemente

la existencia como un drama bucólico y habría alquilado un lugar en la ladera de la gran Feldberg para escribir bucólicas de Baden. Sin duda, habría escrito posteriormente artículos sensacionales para la Ivory Tower Magazine, sí, estoy convencido de que mi ensayo sobre las terrazas en las torres de marfil me habría dado a conocer entre los constructores del Medio Oriente, con efectos favorables en mi cuenta de viajero frecuente y en mi nivel de vida.

Muchas cosas tuvieron que converger para convertir —contra todas las probabilidades psicológicas, por lo menos en términos de fenotipo y apariencias— a una persona que tenía todas las características de un refugiado mundial en un intelectual público. De todas las experiencias que han surgido y coincidido a lo largo de los años, me gustaría mencionar dos o tres en particular, porque a partir de ellas —y sus expresiones internas— se puede explicar mejor el tono de algunas de mis declaraciones en los años de autor público.

La primera de ellas ocurrió durante dos meses turbulentos, a fines del verano de 1999. En ese momento, dicté una conferencia en un centro de convenciones de la Alta Baviera sobre la conditio humana en la era post-literaria, y en ese contexto señalé, más bien de forma incidental, las inquietantes perspectivas de la ingeniería genética, por medio de las cuales, quizás algún día, se podría establecer una relación entre el genotipo y la educación sobre otras bases. A partir de esta meditación restringida y con clima de medianoche, titulada Normas para el parque humano, [8]

donde expresé un silencioso dolor por la desintegración de la antigua idea europea y literaria de educación, se generó, con la ayuda de una máquina de fax depositada en la orilla del Lago de Starnberg, una aterradora monstruosidad eugenésica; no hace falta entrar en detalles.

Lo que hizo que este episodio se convirtiera para mí en una experiencia fue la fabricación del “debate” posterior —si es que se le puede llamar así a lo que siguió—. A lo largo de ese proceso, recibí el implante de un tercer ojo, un ojo que a partir de ese momento tuvo la visión de la teoría de los medios; también se podría decir, la visión funcionalista, que se asemeja al mal de ojo.

Durante semanas, observé cómo circulaba por los medios un torbellino de citas que se citaban a sí mismas. Medio horrorizado, medio arrastrado por una forzada ironía, escuché el murmullo de los torrentes de malas opiniones, registré cómo crecían las secuencias de comentarios, y los comentarios de los comentarios, que se alargaban día tras día.

El nonsense se fue desarrollando hasta adquirir una sorprendente vida propia bajo la forma de réplicas similares, pero cada vez más pequeñas. Lo que había empezado en las revistas Die Zeit y Der Spiegel de forma resonante y autocrática, en gran formato y al mejor estilo de la gran inquisición, se fue repitiendo una y otra vez en las reducciones graciosas de los copistas posteriores, hasta que finalmente llegó el turno del "Patolandia Daily", que anunció: "¡Hay alguien que quiere criar al superhombre! ¡Pero no será con

nosotros!".

9

Lo que me pareció especialmente sorprendente, a pesar de haber estudiado la histeria mediogénica, fue el final del romance. De repente, tras unas pocas semanas, pude ver cómo bajaron las aguas. Poco después, era como si nunca hubiera pasado nada. Ni siquiera fue necesario limpiar los escombros: a principios de octubre, los miembros de la clase sabionda abandonaron, de un minuto a otro, la causa del "Parque humano" para concentrarse, a raíz de la Feria del Libro de Frankfurt, que estaba comenzando, en otros objetos que prometían nuevas e insignificantes victorias de la lectura sobre el texto.

En ese momento, en contra de mi voluntad, mi formación como mediólogo estaba prácticamente finalizada. Ahora sabía que los medios masivos de comunicación, precisamente porque son lo que tienen que ser, no tienen como función principal informar, sino crear epidemias basadas en signos. Sabía que los derechos humanos del enunciado original no pueden protegerse contra la violencia de la paráfrasis. Sabía que, a nivel de los medios masivos de comunicación, nunca se trata de argumentos, sino de difundir infecciones mentales. Pero, sobre todo, sabía que en los mercados

de opinión no existen los malentendidos. Me había dado cuenta de que solo aquellas distorsiones que le brindan ganancias al distorsionador tienen un valor de mercado en la bolsa de los temas.

**Expansión de la zona refleja**

La teoría de los medios es un oficio ingrato. Como disciplina reflexiva, significa la secularización de la comunicación; como teoría aplicada, significa la refuncionalización de los medios en actividad para generar una mayor alerta entre el público.

Ustedes podrán evaluar cómo se entiende esto y a qué conflictos conducen tales reflexiones cuando me refiera al otro acontecimiento con valor empírico que, más allá de lo sucedido, me impidió ceder a la tendencia de las reflexiones de un apolítico. En un día perfectamente normal, en septiembre de 2001, un colega de Viena, relativamente joven, me llamó y me dijo, con un extraño énfasis, que tenía que encender la televisión inmediatamente, lo cual hice.

El resto está en el archivo mental iconográfico de nuestra generación. El 11 de septiembre ocurrió un acontecimiento que, en la terminología de la teoría genético-cultural de la Escuela de Wuppertal de Brock y Mühlmann, se llamaría un acontecimiento de máximo estrés; tales son las situaciones que requieren una reacción de todo el organismo de las personas afectadas. Fuerzan una movilización de todos los recursos cognitivos y motores en vista de un desafío indefinido. De todos modos, desde el principio, fue posible reconocer en qué direcciones se extendería la onda expansiva de ese comportamiento reactivo: desde el punto de vista motor, estaría en los gestos del contraatacar; y desde el punto de vista cognitivo, en la febril creación de una imagen que permitiera la búsqueda del enemigo invisible. Lo que había en el aire era guerra, y aún más.

Naturalmente, desde la perspectiva actual, es muy fácil de comprobar la impotencia global de los reflejos ofrecidos in situ en ese momento —impotencia política tanto como intelectual—. En ningún lugar había una teoría que estuviera siquiera mínimamente a la altura del episodio, excepto quizá la voz tranquila e inteligente

de René Girards, quien reconoció en el conflicto árabe-estadounidense su teorema de la liberación de la violencia a través de la envidia imitativa y la rivalidad mimética.

No quiero decir que mis propias opiniones de ese momento no se vieran afectadas por la confusión colectiva, pero es un hecho que desde el principio me opuse a que la confusión nos agarrara el codo, cuando solo teníamos que darle la mano. Vi una enorme ola de reacciones rodar hacia nosotros, y a raíz de esa percepción —en ese momento un mero presentimiento, hoy un hallazgo confirmado, después de que esa ola costara la vida de cien mil personas—, dije dos cosas sobre el nine eleven que todavía sigo considerando correctas, aunque ambas no estén exentas de riesgos éticos y poco se sepa sobre sus efectos secundarios.

Por un lado, dije que en el proceso de la democracia uno también se vuelve responsable, y cada vez más, de sus enemigos. Esta es una afirmación cargada de algún reclamo moral y socio-filosófico; es demasiado voluminosa como para que la pueda explicar mejor aquí. Por otro lado, apliqué la distinción, propia de las investigaciones del cerebro, entre los procesos del hemisferio derecho, o afectivo-holísticos, y los del hemisferio izquierdo, o analítico-disociativos, a propósito de nuestro estado postraumático a la sombra de las torres derrumbadas. En vista de la gran marea del hemisferio derecho que nos rodeaba, abogué por un comportamiento inspirado en el hemisferio izquierdo: la posibilidad de recuperar algunas respuestas no del todo instintivas.

En legítima defensa de un nuevo derecho neurológico, postulé una izquierda neurológica para poder contrarrestar, con un veto intelectual, el despliegue inmediato del hemisferio derecho; formulé un tranquilo pero innegociable no a todos los contragolpes del otro lado y a sus aplaudidores profesionales entre nosotros. Porque vi venir las tropas de represalias junto a sus periodistas, con su entendimiento imperial arrogante, sus aplausos por la guerra bajo pretextos falsos y su obstinación antiislámica. Y cabe señalar que estos guerreros de septiembre, estos fanfarrones de la época, hostiles a la reflexión, estos drones que, como cráneos huecos sin tripulación, realizan sus vuelos de control sobre el libre espacio de pensamiento, siguen estando en acción y no abandonan nunca su

trabajo de envenenamiento impulsado por la ira.

Al dar mi voto, a la sombra del 11 de septiembre, había marcado claramente mi sistema de simpatía: el de las personas que se toman un tiempo para darle una segunda mirada a sus reflejos. En otros contextos, se lo llamaría una ética de la moderación.

Si se le preguntara a un mediólogo qué es para él una sociedad moderna, respondería con calma profesional: "'Sociedad' es el nombre en clave que se ha utilizado desde la Ilustración para designar una comuna de estrés integrada en los medios masivos de comunicación y, en general, politemática". Su tono interno oscilaría irregularmente entre dos extremos: por un lado, el estado relajado, propio del entretenimiento comunitario; y por el otro, el hermético, propio de la lucha comunitaria. En el medio, se encuentran los días hábiles de la democracia, con su natural pluralismo de problemas. Cuanto más se acerca un colectivo al polo del entretenimiento comunitario, mayor es el grado de libertad al que acceden sus miembros, incluso hasta obtener una licencia para llevar una vida apolítica.

En este último caso, el colectivo tiende a conformar un conjunto de turistas, siempre que las vacaciones se definan como la mayor distancia posible de las emergencias. En cambio, si el colectivo se acerca al polo de la lucha comunitaria, revela la tendencia a fusionarse en una comunidad monotemática, en especial si se la altera sincrónicamente con representaciones de una amenaza en común, al margen de que esta exista de verdad o sea inventada para provocar la fusión.

No les hubiera impuesto esta nueva descripción poco atractiva de la diferencia entre la guerra y la paz si no hubiera tenido la intención de decir algunas palabras sobre la gravedad de la situación actual. Para no perder el tiempo, no diré nada sobre la jubilación a los 67 años, el uso obligatorio del casco para la bicicleta, el matrimonio igualitario, los países emergentes ni las luces de bajo consumo. Sobre eso podemos charlar más tarde en la playa.

**Entretenimiento alejado de las emergencias**

Ahora quiero hablar, con la mayor brevedad y seriedad posibles, de un sentimiento generalizado; quizás es solo un presentimiento o un estado de ánimo. Me refiero a cierto malestar difuso que afirmaría que actualmente algo falla, y de una forma inquietante, para el mundo en su conjunto. Esto incluye, para empezar con lo más próximo, esa impresión que se está propagando según la cual el proyecto Europa está a punto de fracasar a causa de una mala gestión.

El diagnóstico es fatal: Europa, como comunidad de bienestar totalmente orientada a lo económico, ha alcanzado sus límites. Desde una perspectiva mediológica, este continente, con toda su divertida diversidad, su desunión constitutiva, su debilidad simpática para tomar decisiones, su simbiosis precaria entre el norte y el sur, etc., se acerca mucho más al polo de la comunidad de entretenimiento libremente unida, reconocible por la maravillosa arbitrariedad de los temas tratados, por la prioridad de las cosmovisiones vacacionales y por una distancia omnipresente respecto de las emergencias.

Deberíamos acostumbrarnos al hecho de que tal conjunto de frustrados se puede comprender perfectamente bajo el concepto de "comunidad de entretenimiento". En cambio, cuando algunos políticos empiezan nuevamente a despotricar sobre la comunidad de destino, solo muestran hasta qué punto han desaparecido detrás de frases autohipnóticas en una sociedad diplomática paralela. Si Europa es un lugar donde las cosas salen terriblemente mal desde hace ya un tiempo, es en primer lugar porque, por su constitución psicopolítica, siempre ha estado cerca del polo del entretenimiento comunitario.

No se puede hablar de la miseria europea sin pensar de inmediato que en nuestra civilización hermana, los Estados Unidos, las cosas funcionan mal de una manera aun más inquietante. Desde que los Estados Unidos tuvieron que sufrir, por primera vez en su historia, un ataque en su propio territorio, al que no pudieron responder, se está desarrollando en este país tan grande y, en muchos aspectos, tan admirable, un drama que podría terminar en una debacle psicopolítica. Desde el punto de vista de la mediología política, los días y las semanas que siguieron al nine eleven fueron la pura

representación de una aglomeración de lucha comunitaria. Aquí, un gran cuerpo social se extasió de estrés —situación comparable solo con las imágenes del agosto europeo de 1914: en aquel momento, en una ola entusiasta; esta vez, en las frecuencias de shock, ira y difamación insaciable—. El éxtasis se produjo por un estímulo brutal y singular de máxima calidad de estrés.

Sin embargo, debido a que por el momento no había ningún enemigo externo visible para atrapar —más tarde se presentó con el nombre de Al Qaeda—, la fusión de lucha comunitaria tuvo que descargarse en gran medida hacia el interior. Mediante el giro autoagresivo del shock, nacido del desamparo, surgió una nueva estructura ideológica de guerra que, al mismo tiempo, colocó a amplias zonas del mundo bajo un mando pseudo-racional y securitario, cuya clave de acceso oficial es: war on terror, o mejor aún: war and more.

**Una Declaración de dependencia**

Este more es el elemento decisivo si se desea calcular la inclinación del plano sobre el cual se deslizan las cosas desde entonces. De este más-que-la-guerra salen, como de la caja de Pandora, los males más grandes que deberían ahuyentar a los males grandes. Se puede reconocer en el discurso profundamente corrupto del primer ministro turco, Erdogan, del martes pasado, en el que calificó a los manifestantes democráticos en el Parque Gezi de Estambul como "terroristas", cuán devastadora ha sido la fórmula del nonsense de "la guerra contra el terror" en todo el mundo y cuán enfermas se tornaron las mentes de aquellos irreflexivos que la usaron —Erdogan cometió así un acto de extrema violencia verbal, del que podemos estar seguros de que se incluirá en los archivos de Europa y se establecerá su carácter imperdonable—.

Sabemos perfectamente dónde aprendió Erdogan esta manera perversa de nombrar a los oponentes, como también sabemos que, en el otro lado del Atlántico, mientras tanto, se dio la autorización para atacar y disparar con drones ante cualquier pronunciamiento de la palabra "terrorista"; el acto de habla y la tele-ejecución forman una secuencia única en la era de la guerra quirúrgica.

Irreflexivos son, sobre todo, aquellos contemporáneos aparentemente bienintencionados que ignoran de forma obstinada que el 99% de los ataques terroristas del siglo xx son terrorismos de Estado. En general, son los Estados y los regímenes de propiedad estatal los que han maltratado a sus propias poblaciones a través de la política del miedo con los pretextos más diversos, principalmente para protegerlos de presuntos agresores y otras plagas perjudiciales del interior.

En resumen, si actualmente, en el mundo occidental, las cosas están funcionando espantosamente mal es porque en él se pueden observar dos formas complementarias de autodestrucción. En el caso de Europa, lo que llama la atención es una debilidad patológica de la agencia, una debilidad que va tan lejos como la incapacidad para establecer una agenda. El resultado es la transformación de la política en un taller de reparaciones que va improvisando y en el que, día a día, se gobierna a posteriori de los propios errores —lo constatamos casi a cada hora observando la gestión de la debacle del euro—. Por otro lado, en el caso de los Estados Unidos, lo que salta a la vista es una fortaleza de la agencia que ha perdido todo sentido común. Sus líderes han declarado que el mundo es un área de búsqueda y un campo de batalla sin fronteras, sin considerar cuán corto es el camino entre la primera traición a sus propios valores fundamentales y la completa rendición a uno mismo.

Por lo tanto, deberíamos preguntarnos: ¿acaso no es concebible que la superación de las crisis, aquí y allá, consista en corregir mutuamente las debilidades recíprocas y combinar las fuerzas recíprocas? ¿Los estadounidenses no deberían, finalmente, pronunciarse por Europa, y los europeos por el Atlántico? Esto presupondría un acto de habla que probablemente muchos europeos lograrían sin problemas, pero que no vendría sin un gran esfuerzo a los labios de los estadounidenses: sería necesaria una Declaration of dependence mutua: la declaración, frente a todo el mundo y con todo el mundo, de que nada vale para uno sin el otro, pero ahora no solo en aseveraciones solemnes el 8 de mayo, sino en el lenguaje de una constitución vinculante para todo Occidente. Si esto no ocurre, bien podría suceder que todo se desintegre muy pronto en un final de juego global debido a la incapacidad de la agencia.

**Pies de página**

8

Sloterdijk, Peter, Normas para el parque humano, España, Siruela, 2000.

9

Traducción propia. [N. de la T.]

# El largo camino hacia

# la sociedad mundial

[Publicado en Handelsblatt

el 13 de enero de 2017]

En estos meses, conceptos aparentemente arcaicos han atravesado las capas sedimentarias de discursos negociados hace ya mucho tiempo, o pospuestos indefinidamente, y se han posicionado, en los medios de comunicación, sobre la superficie del debate público. Lo que nos encontramos allí ya no son los anglicismos de la lógica de mercado, los que algunos pueden haber considerado erróneamente como la lengua franca de un mundo globalizado. En lugar de "valor para el accionista" [Shareholder-Value] y "tercerización" [Outsourcing], ahora es un vocabulario más duradero el que, oscilante, sale a la superficie. Se puede, se quiere, utilizar como herramienta para dominar la actualidad de forma problematizadora. Se crea así un diccionario de la Modernidad, antiguo y contemporáneo al mismo tiempo, cuyas raíces definitorias se remontan a la Antigüedad y más allá, hasta el comienzo del devenir humano.

En 1993, hace ya mucho tiempo, escribí un ensayo titulado: "¿Dónde estamos cuando escuchamos música?", por supuesto, haciendo referencia a Hannah Arendt. Ahí propongo un concepto general de percusión. Como oyentes, estamos en una esfera de vibraciones sutiles. Hegel hablaba a veces de una "agitación" que afecta al sujeto sensible. De manera similar a Arendt, parto del supuesto de que el pensamiento es una función del hiato o que emerge de él. El hiato es la grieta que se abre entre el ser humano y el entorno tan pronto como el individuo crítico hace uso de su competencia de problematización.

Problematizar significa descubrir un tema. Los temas son objetos de la elaboración discursiva, como ya sabía la retórica antigua. Se dice que una vez el orador Georgias entró al teatro repleto de Atenas y gritó al público: “¡Proballete!” o “¡Denme un tema cualquiera!”. Con eso, quería probar su virtuosismo, que le permitía hablar, de manera sugestiva, sobre cualquier tema posible. Demostró así el arte sofista, que consiste en pasar del sufrimiento ante las circunstancias al lujo de su tratamiento en el lenguaje. “Ver los problemas” es una manifestación de excedentes de energía y libertad. El ensayista austríaco Egon Friedell lo formuló de una forma que se volvió clásica: “La cultura es riqueza de problemas”.

**Lo social**

¿Dónde estamos cuando pensamos lo social? Como criaturas del hiato, estamos en un espacio creado por la problematización. La problematización es un caso especial de “representación”, de acuerdo con la definición del lingüista Louis Hjelmslev, quien la considera como la tercera función elemental del lenguaje (además de la formación de contactos y la expresión). Lo que llamamos “pensar” proviene del uso extensivo de la tercera función del lenguaje dentro del hiato.

Si el ser humano es el animal rationale, lo es principalmente porque cuanto más civilizado es, más se convierte en animal representador. Así como el sueño, la teoría también desactiva la motricidad o el intervencionismo.

Aquí tenemos la oportunidad de clarificar que términos como “sociedad” y “lo social” no son más que metáforas congeladas, derivadas del latín socius, que tiene un significado similar a “compañero”, “acompañante” o “ayudante”. El hecho de que desde ese momento, o más precisamente desde Auguste Comte, se pudo derivar el término clave de una “ciencia de lo social” (o de una “física social”), demuestra, en primer lugar, la eficiencia de la metáfora, y en segundo lugar, la verdadera metamorfosis del compañerismo, que pasa del simple estar juntos en un espacio reducido —como en el lecho nupcial, que en Ovidio se denomina “Socius Lectus”, o en el templo, “Socium Templum”, que sirve de

lugar de culto a dos divinidades— hasta organizaciones como la "Societas Jesu", que da nombre a una orden religiosa y políticamente comprometida, y que se continúa en la idea de sociedad por acciones ("Société Anonyme"), hasta llegar, finalmente, a conceptos como "Society" o "Société". Conceptos que, desde el siglo XVIII, significan dos cosas: por un lado, "los diez mil de arriba", los happy few, y por el otro —generalmente conocido con el nombre de "pueblo"—, el frente interno del Estado moderno, en tanto este sea tendencialmente Estado-nación o personifique una grandeza nacional-imperial.

**Sociedad**

En la última etapa del desarrollo de esta palabra, nos encontramos con un constructo teórico-sistémico llamado "sociedad mundial". En la terminología de Niklas Luhmann, esto significa el último horizonte de las interacciones sistémicas, por lo que, en cualquier teoría madura de lo social, el término "sociedad" solo podría ser usado en singular. Si pensamos lo social bajo las condiciones modernas, se impone inmediatamente una primera respuesta: estamos nolens volens en la grieta abismal entre la agrupación primaria (horda, tribu, clan) y la sociedad mundial. La primera describe el microcosmos del tribalismo: la inclusión es el único modo en que se puede estar asociado auténticamente a él, es decir, uno es miembro del grupo siempre que uno —como sugiere la metáfora del eslabón [Glied]— sea incorporado en un cuerpo colectivo cuasi-orgánico.

**Familia**

En una tribu completamente desarrollada, la interacción directa es posible hasta con 148 personas: el número de Dunbar (por el antropólogo británico Robin Dunbar) define el límite máximo del tamaño de un grupo en el que un individuo se puede desarrollar sin recurrir a leyes o reglas de tránsito. La "inteligencia social" emerge espontáneamente en grupos pequeños a partir del trato con personas del entorno cercano. Los romanos los llamaban

“familiares” —parientes consanguíneos y parientes por afinidad—, mientras que la coexistencia de personas en cuerpos políticos altamente desarrollados hace necesarios adiestramientos de larga duración y procesos de aprendizaje abstractos.

En todas las grandes culturas, la invención de la escritura y de la enseñanza responde a esta necesidad. El sociólogo y teórico de la cultura Heiner Mühlmann publicó recientemente un análisis interesante sobre la persistencia de lo tribal. Según tengo entendido, el concepto de “constante tribal” tiene su origen en este autor y remite al elemento tribal que sigue influyendo de forma inevitable incluso en sociedades complejas. Digo inevitable, porque incluso en las grandes sociedades las personas no dejan de seguir totalmente su diseño primario como criaturas de pequeños grupos.

En el polo de los grandes cuerpos colectivos, se encuentran las macro-estructuras de la internacionalidad organizada y del tráfico mundial regulado. Como demostró Luhmann, el individuo puede “participar” en tales sistemas únicamente en el modo de la exclusión: es imposible pertenecer a la sociedad mundial como un “eslabón” (Membrum) cuasi-orgánico. El tema de la “pertenencia” (en inglés: belonging) aparece solo en sociedades suficientemente alienadas, es decir, atravesadas por la Modernidad. Las poblaciones con altos niveles de individualización y judicialización pueden ser consideradas como tales. Lo que se llama “libertad” a partir de 1789 es la perífrasis positiva de un hecho negativo: que el individuo existe en una relación no-inclusiva para los sistemas generales. En la antigua tradición sociológica alemana, hallazgos como estos fueron discutidos bajo el título Geburt der Freiheit aus der Entfremdung [Sobre el nacimiento de la libertad a partir de la alienación] [10]

.

En este contexto, se puede explicar el malestar generalizado en la globalización: la posición del individuo hoy —es decir, en la esfera de influencia de la Modernidad— se define por una oscilación entre inclusiones y exclusiones. Por un lado, permanecemos formateados en dimensiones tribales; por otro, navegamos en los océanos mundiales de las comunicaciones globalizadas. Por un lado,

existimos en relaciones sociales que (por precarias que sean) continuarán basándose en la agrupación y la pertenencia; por otro, lidiamos con un monstruo fantasmagórico llamado sociedad mundial (alias plenum de Estados) que excluye sistemáticamente a los individuos.

**Pueblo y nación**

A las complicaciones de estar en sociedad, se suma actualmente el hecho de que los Estado-nación modernos, que aún habitamos con una mezcla de fe e incredulidad, representan híbridos entre tribalismo y cosmopolitismo. Al comienzo, entraron en el escenario mundial como una gran metáfora de la existencia tribal, generalmente dirigida por un jefe que había sido elevado al estado de rey. Pero, según su formato, fueron durante mucho tiempo cuerpos transtribales a los cuales solo se podía "pertenecer" a través de la proyección de arquetipos de familia: el rey como padre del pueblo, la reina madre como abuela de todos los británicos, la canciller como "Mutti" o mamá de los alemanes, el Papa como pastor superior de la comunidad de fe, etc.

La regresión colectiva organizada siempre fue un prerrequisito para la construcción psicosemántica del "pueblo" como población de un Estado-nación. Se basó en la combinación de infantilismo, familismo y paternalismo, reforzado por una dosis de xenofobia e inspirado por un aditivo de paranoia política. Este síndrome fue institucionalizado por ejércitos, por medios afines a la hostilidad con enemigos y por servicios diplomáticos.

¿Dónde estamos cuando pensamos lo social? Según lo dicho, la posición del pensador no está solamente determinada (o indeterminada) por la oscilación entre los extremos tribu y sociedad mundial, sino que también se caracteriza por la realidad del elemento nacional y todas sus confusiones contemporáneas. Siempre somos, una vez que nos paramos frente a la puerta, ciudadanos de tres mundos: de la tribu, de la nación y de la sociedad mundial. Esto implica el riesgo de vivir como expatriados de tres mundos.

## Alienación y soledad

No es de sorprender entonces que muchas personas compartan la sensación de existir bajo la borrasca de una creciente alienación. Tales sensaciones se expanden especialmente allí donde se desvanece la integración del individuo en el sistema solidario de la tribu. De hecho, la fuerza cohesiva de los grupos primarios (familia, horda, clan) se reduce en forma creciente en la Modernidad. Cada vez más individuos se confrontan con el dilema de sentir que la familia y el hogar son indispensables e insoportables a la vez, y en varios casos también inalcanzables. Las "comunidades orgánicas", preindividualistas, son reprimidas por las sociedades contractuales de base individualista. A la represión le gusta autodenominarse emancipación, pero ella se llama también, con mucha razón, alienación. La soledad ya no es un ideal espiritual, sino una condición que se percibe cada vez más como involuntaria, que se expande con las condiciones de vida modernas. En algunas ciudades del hemisferio occidental, los hogares unipersonales constituyen hasta el 60% de la población residente. Aquí, como reconoció Hannah Arendt en su crítica del totalitarismo, el individuo se ve en directa confrontación con las grandes organizaciones políticas y con los invasivos medios masivos de comunicación sin un entorno local intermediario. El resultado es que él, privado de su tribu, sucumbe más fácilmente en la tentación de querer salvarse en los constructos paratribales de partidos, ideologías o sectas. La "constante tribal" asegura que los programas nacionalistas, incluso universalistas, para los grupos locales de ilusión pueden ser formateados.

## Ritual y emoción

Suponiendo que aceptamos la metáfora de la "espuma" como una posible descripción de las estructuras sociales modernas, ¿cómo se pueden seguir concibiendo el orden social y la sociedad? La expresión "espuma" tiene la ventaja de que se puede utilizar tanto literal como metafóricamente. Se puede pensar en espumas reales, como la espuma de jabón, la espuma de vino, la espuma de mar y la espuma de los panes (más generalmente en productos de panadería

como las masas espumosas), espumas minerales, espumas de cerámica y espumas de metal; pero también se puede pensar en concentraciones masivas, en favelas, en capitales y en los suburbios en general, en fenómenos de muchedumbre de todo tipo, ya sean clubs de fans, festivales con gran concurrencia o festividades religiosas. Mientras que la metáfora de "red" describe las variedades de contacto (puntos, líneas, canales, direcciones), la expresión "espuma", más allá de su sentido literal y metafórico, indica todo tipo de diversidad espacial (cavidades, interiores, aislaciones interconectadas, archipiélagos).

Me parece fructífero redefinir la sociedad moderna como agregado o como sistema de múltiples espacios. Lo principal de esta redefinición se manifiesta en que la "sociedad" ahora se puede entender más bien como un fenómeno arquitectónico, antes que uno jurídico y telecomunicativo, sin que sea negada la fabricación jurídica y telecomunicativa de lo social (como suma de todos los contratos y de todos los efectos de publicaciones). Desde una perspectiva jurídica, se llama sociedad al artefacto cuyos cimientos son los individuos con capacidad contractual que actúan desde sus domicilios, talleres y oficinas. Acorde a la teoría de la espuma, la "sociedad" es el resultado de procesos autoarquitectónicos o, más precisamente, de creaciones de formas de vida en parte arquitectónicas, en parte no arquitectónicas. Estas tienen lugar en un espacio social que abarca tanto el espacio de expectativas como el de sorpresas.

Por naturaleza, la "sociedad", considerada como agregado de espacios de vida y rituales, debe ser al mismo tiempo un sistema de distancias. Las sociedades son modernas cuando, debido a su tamaño y a sus diferenciaciones internas, ya no representan dimensiones capaces de reunirse. Entonces, la disociación espacial supera en ellas a la asociación interpersonal. Este estado fue identificado por primera vez en los "imperios" antiguos, que inventaron las primeras formas de telecomunicación y dominación a distancia, y se convierte en algo común en los Estados territoriales modernos.

La "sociedad" contemporánea no está entonces nunca y en ninguna parte "consigo misma", ni en los congresos de Núremberg, ni en la

ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos, ni en un parlamento. Sin embargo, para generar el efecto de “pueblo” o “sociedad” o “movimiento social”, se requieren medios y organizaciones que produzcan un nivel suficiente de asociación entre los disociados. Ejemplos de estas organizaciones incluyen sobre todo los partidos políticos, las oficinas fiscales, los seguros sociales, los sistemas de jubilación. En cuanto a los medios, incluyen desde hace quinientos años la literatura, desde hace doscientos años la prensa diaria y los museos, desde hace ochenta años la radio, desde hace sesenta años la televisión y desde hace dos décadas Internet que, por cierto, libera más tendencias centrífugas que centrípetas.

En mi ensayo Der starke Grund zusammen zu sein [La fuerte razón de estar juntos], [11]

describí sociedades modernas (pero ahora en plural, a pesar de Luhmann) como cuerpos de estrés psicoacústicamente sensibles, afectados por emociones sincrónicas causadas por los medios masivos de comunicación en lengua nacional. La transmisión de emociones comunes dentro de una esfera de medios regional ocurre, principalmente, sobre la base de noticias diarias. Por lo tanto, una nación no es educada por el ejército, sino por el periodismo. El producto artificial “nación” no requiere de una dosis diaria de guerra, pero sí de una sensación de intranquilidad tanto por las señales de estrés como por sus antídotos: la distracción y el entretenimiento como signos del cese de alarma. La nación no es solo un plebiscito diario, como remarcó Romain Rolland, sino una competencia cotidiana entre alarma y cese de alarma. Démonos por satisfechos con la observación de que las sociedades en guerra (como también luego de atentados terroristas) tienden a enfocarse de manera colectiva y monotemática en los acontecimientos en el frente militar, mientras que las sociedades relajadas tienden a producir un carnaval politemático.

La metáfora “espuma” ofrece además la ventaja de que puede describir sistemas de vecindarios que están colmados espacialmente, pero que no son íntimos. Los complejos residenciales de Le Corbusier, conocidos por Unités d´habitation, proporcionan un ejemplo ilustrativo de esto. En ellos se vive pared a pared, pero en

mundos separados. Las espumas construyen la encarnación ideal de lo que los arquitectos del grupo “Morphosis” llamaron, alrededor del año 1970, “aislamientos conectados” [connected isolations]. A mi modo de ver, no existe hoy mejor definición del modo de ser de las sociedades modernas.

**Existencia**

La devoción de mi trabajo por las realidades atmosféricas y el interés por los hechos de la vida ejercitante (especialmente en el libro Has de cambiar tu vida [12]

) tienen en común que estos temas han sido tratados solo de manera ocasional, o incluso han sido ignorados por completo, por las teorías sociológicas, psicológicas y antropológicas. Hasta ahora, en cierto modo, no fueron “un tema de discusión”. Se puede aclarar fácilmente lo que esto significa si se piensa en la cartografía antes de la invención del “mapa meteorológico”. Los mapas antiguos se basaban, sin excepción, en la abstracción de las realidades meteorológicas. En los planisferios y globos de antaño, flotaba siempre el cielo despejado de la falta de clima. De forma similar, la sociología antigua aún no podía entender que los ensambles sociales siempre tienen componentes climatológicos. Todas las unidades sociales, pequeñas y medianas, experimentan constantemente su propia situación meteorológica, compuesta por temas de preocupación y tormentas regionales junto a sus distracciones complementarias.

En ambas situaciones, mi argumento es que aquello que hasta ahora fue descuidado encarna en realidad un ens realissimum, un Ser sumamente real. Para seres como nosotros, las atmósferas son, en última instancia, más reales que todos los objetos que se encuentran bajo el sol. Para pensar estas situaciones, tuve la ventaja de haber podido retomar las reflexiones de Heidegger sobre la primacía de los “estados de ánimo”. Además, el discurso de la “atmósfera” (que en griego antiguo significa “esfera de vapor”) ofrece una oportunidad ideal para pasar a una teoría general de los espacios que están redondeados por dentro. Aquí aparece la esferología

general como teoría del interior compartido. Tradicionalmente, el existencialismo ha sido una doctrina del residir en lo externo, evocado ya por el concepto de “existencia”, ya que existere significa literalmente “sobresalir”.

Sin embargo, el lado extático de la existencia tiene un complemento que merece más atención: la existencia siempre tiene lugar en espacios interiores y climas locales, sean estos percibidos y tematizados por sus habitantes o no. El ya tardío Heidegger sugirió ingeniosamente observaciones similares en sus comentarios acerca del “habitar”. El fundador de la nueva fenomenología, Hermann Schmitz, elaboró una descripción de la residencia en atmósferas que oscilan entre estados de estrechez y amplitud en una obra de dimensiones monumentales, que lamentablemente no obtuvo la resonancia adecuada en la comunidad internacional de filósofos.

En cambio, en lo que atañe a la teoría del ejercicio, creo entrar en un nuevo terreno filosófico y sociológico. ¿Por qué? Porque las doctrinas convencionales del actuar humano, casi sin excepción, hablaron solo de dos tipos de vita activa: trabajar y comunicar. La tercera dimensión de la actividad humana, la del ejercicio sobre sí mismo, fue ignorada en casi todas partes —excepto en una reducida línea de máximas estoicas en las cuales la askesis, es decir, el ejercicio autoplástico, ya fue destacado como el momento decisivo de la vida activa (lo que explica por qué el monasterio cristiano fue capaz de aferrarse a la idea estoica del trabajo)—. En el libro Has de cambiar tu vida, el ejercicio constituye, por primera vez, el tema principal. No se trata de promocionar una “acrobacia del yo” ni un entrenamiento espiritual: se trata más bien de explicar por qué el mundo moderno se tuvo que convertir en un lugar de entrenamiento en el que el sujeto se forma como portador y coordinador de sus competencias y disciplinas.

**Dioses y entrenadores**

Actualmente, todo el mundo habla de la necesidad de la “capacitación continua”, e incluso de la “educación permanente”. Sin embargo, casi nadie menciona el ejercicio vinculado a los procesos educativos y al manejo didáctico del estrés. Los individuos

están hoy rodeados de entrenadores virtuales, se tienen que decidir en favor de uno o de varios. Los dioses retornan bajo la forma de entrenadores.

A la vista de la teoría del ejercicio, la vida se puede entender esencialmente como una competencia atlética de pruebas combinadas. El concepto generalizado de ejercicio engloba bajo un mismo techo disciplinas tan diversas como la retórica, la religión, el deporte, la terapéutica y el arte. El vago concepto de "cultura general" ofreció al respecto una anticipación poco flexible. La explicitación del carácter de ejercicio en la existencia humana producirá con el tiempo fuertes impactos en la filosofía y la epistemología. El pensamiento futuro tendrá que ser per se gimnástico, elástico y más cosmopolita que nunca para poder participar en el poliatlón de las disciplinas que compiten y cooperan.

Por otra parte, también tuve suerte en estas exploraciones, porque poco antes de comenzar mi proyecto, autores como Pierre Hadot y Michel Foucault ya habían arrojado luz sobre este asunto. No existe nada peor para un autor con ambiciones filosóficas y antropológicas que ser una voz solitaria en el desierto.

**Futuro**

Cuando nos preguntamos cómo la metáfora —yo diría más bien la imagen mental— de la "nave espacial Tierra" repercute en nuestra comprensión de lo social, tocamos un punto clave en la sociología contemporánea. Cuando las ciencias de lo social se encuentran con las ciencias del entorno (el entorno es natural en el sentido de situación vinculante del organismo), emerge una nueva gran narrativa: el surgimiento del concepto de "antropoceno", la época geológica marcada por los humanos, muestra cómo las actuales macroteorías están por convertirse en una nueva fase renovada de la argumentación narrativa. Por ende, la atmósfera del planeta pasa a ser un tema de la historiografía. Las emisiones pasadas siguen permaneciendo en el aire luego de varios siglos. No solo deben ser medidas, sino también narradas.

Por ello, cambia fundamentalmente el sentido de la existencia social. Lo que antes se denominaba "historia universal", hoy resulta ser una gran narrativa sobre los encuentros familiares involuntarios. Con el comienzo de la era de la globalidad, el eón de la diáspora antropológica llega a su fin. Los grupos especiales de la "humanidad" biológicamente moderna, que luego del éxodo de África se dispersaron por la Tierra hace cerca de ochenta mil años y que en esa disipación se separaron unos de otros lingüística, étnica, biológica, bioestética y políticamente, debieron asumir, durante el difuso tiempo de encuentro (Hans Ulrich Gumbrecht lo llamó el "amplio presente"), que el descubrimiento de "una Tierra" desemboca en una cesura antropológica: los participantes de este encuentro, que llegan desde grandes distancias (con lo cual el modus operandi del encuentro se debe entender menos en términos físicos y mucho más en términos telepolíticos), deben entonces ponerse progresivamente de acuerdo en la única conclusión posible a partir de su situación: que todos habitan la misma Tierra.

Esta concesión, en apariencia trivial, a las ciencias de la Tierra cambia radicalmente el diseño temporal de cada cultura individual, de cada etnia y de cada confesión: la situación antropocénica trae consigo que los seres diferentes, que forman esa "humanidad" hasta ahora imposible (imposible porque no existe un "ser humano en general"), estén imbuidos de la evidencia de que tienen un pasado separado y que, de este, traen consigo una identidad propia. Sin embargo, se tienen que preparar para un futuro con el espíritu de lo común y desde ahí responder a la inevitabilidad de la metamorfosis por medio de modales explícitos de la coexistencia. La fórmula "pasados separados, futuros comunes" reduce la complejidad de la problemática, pero puede ser muy útil como lema de trabajo. Mediante ella se evidencia que las políticas identitarias son irreales sin los componentes evolucionarios y futurísticos. Desde hace tiempo que se puede ver cómo las identidades se aíslan ellas mismas votando por la fórmula "pasados separados, futuros separados".

Ya en 1969, la elegante y tecnófila metáfora de la "nave espacial Tierra" le sirvió a su inventor, Buckminster Fuller, para desarrollar el Operating Manual faltante de la inmanejable spaceship. Me parece que el gran encuentro familiar en el fin de la diáspora antropológica —en el cual las ciencias globalmente conectadas

juegan un rol decisivo— conducirá, eventualmente, a que no pocos afectados —como los individuos en sus habitus de madriguera y los defensores de sus culturas— pongan en tela de juicio el modelo procesual de la era posdiáspora. Evidentemente, no todos están dispuestos a aceptar el nuevo paradigma político de la época, en la medida en que lo perciben como un mecanismo de despojo de sus propiedades identitarias.

**Violación y protección**

Los artículos correspondientes del Operating Manual incluyen inevitablemente algunas secciones dedicadas al estatus de quienes rechazan la modernización. La nave espacial Tierra tendrá innumerables parques nacionales, cuya tarea será asegurar la protección biotópica étnico-cultural. En términos climático-culturales, las zonas son una gran ironía. En ellas está prohibida la violación mediante una contemporaneidad forzada. Para aquellos que luego quieran migrar a la Modernidad, las puertas deberán permanecer abiertas. En esto rendimos tributo al reconocimiento de que en todas las culturas relativamente altas aparecen fenómenos de asincronicidad o heterocronía: lo más antiguo y lo más reciente pueden coexistir en una misma zona. La "humanidad" como un todo se encuentra en una migración que tiene que ver más con el tiempo que con el espacio. La fórmula "migración hacia un futuro compartido" es un equivalente a lo que alguna vez se llamó "destino".

**Migración**

Quien hoy afirme que la migración es el tema más importante del siglo no es un profeta, sino un observador lúcido de las tendencias que se pueden relevar en los actuales movimientos migratorios del planeta. El final de la diáspora antropológica fue anunciado por la movilidad de los colonizadores europeos a raíz del viaje de Colón. Ellos "descubrieron" tribus desconocidas en toda la Tierra, la que exploraron de forma exclusiva. Los descubridores, sin embargo, no solo hicieron uso de un "derecho de visita" (del que habló

Immanuel Kant en su escrito “Sobre la paz perpetua”), sino que también derivaron del descubrimiento derechos de permanencia, de ocupación y de dominación. Para los habitantes “indígenas” de América del Norte y del Sur, como también de África, la migración ofensiva de los europeos fue particularmente desastrosa, porque el huésped permanente, cuya cultura de origen era muy superior a nivel técnico, trajo consigo medios para esclavizar ese mundo contemporáneo que acababa de descubrir.

**Inferioridad**

Las olas de migraciones transnacionales que caracterizarán el siglo XXI son completamente diferentes. Ellas se componen, en gran parte, de refugiados pobres, refugiados de guerra o víctimas de represiones políticas locales. Si bien es cierto que la mayoría de estos migrantes solo intentan, en principio, poner a salvo sus vidas, no se pueden pasar por alto cuáles son las tendencias que les sirven de base a los movimientos migratorios actuales. Por lo general, estos movimientos se llevan a cabo desde la posición de inferioridad cultural. Los estudios poscoloniales [post-colonial studies] denominan a esta situación como “subalternidad”. Normalmente, los migrantes irrumpen en regiones cuyo bienestar promedio superior ejerce un magnetismo político y cultural. No solo quieren beneficiarse de las elásticas leyes de asilo de sus países anfitriones, sino que aspiran también a participar de lo que se llama (según Branko Milanović) “renta de ciudadanía”: la mera residencia en una región rica, liberal y caracterizada por una conciencia de derechos humanos conduce automáticamente a beneficios que no habrían sido alcanzables en la situación de origen.

**La migración como constante**

Más absurdo parece entonces cuando en el país anfitrión se forman ghettos étnicos, en los cuales los recién llegados insisten en reclamar su derecho a permanecer en el país anfitrión como si estuvieran en casa. Las subculturas separatistas de migrantes turcos y norafricanos en Alemania ilustran con toda claridad este

fenómeno contradictorio. Sin embargo, no hay que dejar de mencionar que las migraciones más poderosas transcurren de una manera difícil de percibir para la opinión pública mundial, porque tienen lugar dentro de las naciones más grandes de la Tierra. En particular, en lugares como China e India, pero también en grandes naciones fracturadas por enormes desigualdades internas, como Indonesia o Brasil. La tendencia mundial de urbanización y desagrarización, que empezó en Europa y ahora se está expandiendo globalmente, permanece poco visible para los observadores de zonas sobreurbanizadas de Occidente. Solo se hace evidente cuando la migración traspasa las fronteras y pone a prueba las capacidades de los países de destino para la absorción de inmigrantes. Entretanto, resulta cada vez más claro que las mareas migratorias abrumarán inevitablemente las capacidades de absorción de los países receptores.

**Identidad**

A la larga, para evitar las migraciones masivas indeseadas e indeseables, las civilizaciones de destino no podrán hacer otra cosa más que ofrecer ayuda para desarrollar condiciones de vida tolerables en los países de origen. Esto equivale a un trabajo de Sísifo, ya que los dos medios principales para vincular a las personas con sus lugares de vida —paz y oportunidades de prosperidad— no son fáciles de exportar. Además, los recientes movimientos populistas en Europa occidental y central, tal como en los Estados Unidos, muestran cuán cerca están de tornarse precarias las condiciones dentro del "palacio de cristal" (retomo la metáfora de Dostoievski para describir la existencia en la esfera de confort en mi libro En el mundo interior del capital [13]

). Ahí los perdedores de la modernización se defienden cada vez más masivamente contra las rutinas políticas y económicas existentes.

Una de las paradojas de la situación es que los "pobres" del interior del sistema y los pobres "del exterior" no puedan solidarizarse entre sí. No lo pueden hacer, porque los pobres que se encuentran en el

interior del “palacio de cristal” son percibidos por sus aparentes compañeros de destino del exterior como ciudadanos del bienestar, mientras que los residentes del palacio que reciben salarios medios o bajos perciben la afluencia de migrantes desde las regiones pobres como amenaza a sus propias oportunidades de vida, incluso a veces como ataque a su “identidad”.

Hasta ahora, la crisis de refugiados ha sido en gran parte motivada por guerras en el Cercano y Medio Oriente. Sin embargo, las crisis del futuro serán impulsadas, ante todo, por la explosión de población del África subsahariana. Con respecto a esto, no hay otra réplica razonable por el momento más que tratar de desactivar la bomba demográfica.

**Terror y teoría**

Por favor, no lo olviden: pertenezco a una generación que creció en la época de la teoría crítica cripto-marxista. Esta escuela era políticamente resignada, pero ofensiva en lo que a la cultura respecta. Junto a ella —y en contraposición a ella— se desarrolló en Europa, luego de la Segunda Guerra Mundial, un neo-marxismo militante de inspiración leninista, que en la década de 1970 retomó la doctrina de la necesidad de la “lucha armada”. Desde su derrota, la revuelta armada se llama “terrorismo”. Dicho sea de paso: para facilitar la comprensión de todos los actores involucrados en este campo, sería necesario, con urgencia, investigar la metamorfosis del concepto de terror en los siglos XX y XXI. En pocas palabras, esta constelación perteneció a las experiencias clave de mis años más jóvenes: una teoría sin praxis es premiada, una praxis sin teoría es castigada. Para hacer justicia a esta experiencia, me pareció oportuno desarrollar una forma de trabajo teórico que se mantenga vinculada con la praxis y que busque la proximidad con una praxis plenamente teórica. En este sentido, casi todos mis libros se pueden leer como ejercicios éticos.

**Fatalismo, cinismo y sadismo**

Nunca fui partidario de la tesis neofatalista de Margaret Thatcher según la cual no hay ninguna alternativa. El nuevo fatalismo está estrechamente relacionado con el cinismo. Ya en 1983, en Crítica de la razón cínica mostré que el cinismo representa una perversión del realismo. Su postura fundamental es la colaboración con una realidad moralmente inaceptable. Contiene un componente sádico, en la medida en que huye de la sumisión masoquista a la facticidad hacia la amoralidad abierta y agresiva. Combina el deseo de la pasividad con el deseo de la profanación abierta de leyes aparentemente sagradas.

El presidente electo de los Estados Unidos, Donald Trump, proporcionó recientemente un ejemplo brillante de esto al señalar que podría fusilar a un hombre en la Quinta Avenida sin que a él le sucediera lo más mínimo. Al parecer, adoptó la ética de los capos mexicanos de la droga antes de reforzar la frontera con México, como anunció que haría.

Para la ética no-nonsense del presente y del futuro, la tarea es continuar con la crítica del cinismo en un análisis adecuado de la corrupción globalizada, guiada por la suposición de que la corrupción siempre tiene ventaja frente al esfuerzo de un comportamiento decente, así como el secreto está siempre un paso adelante de la transparencia. En este contexto, una pizca de ironía no puede hacer daño, siempre y cuando no conduzca a colaborar con el mal. La ironía provee un antídoto eficaz contra la sensación de impotencia. La actitud más apropiada del teórico, sin embargo, debería ser la del humorista. Según la perspectiva de la estética filosófica, el humor significa la capacidad de ver las cosas más bajas desde una gran altura, y las mayores alturas desde las llanuras más bajas. Si esta forma de la Ilustración filosófica, entendida como esclarecimiento de una situación, servirá como guía en los futuros conflictos, solo el futuro lo podrá mostrar.

**Pies de página**

Gehlen, A., Geburt der Freiheit aus der Entfremdung, Ed. Franke, Alemania, 1952.

11

Sloterdijk, Peter, Der starke Grund zusammen zu sein, Frankfurt, Suhrkamp, 1998.

12

Sloterdijk, Peter, Has de cambiar tu vida, España, Pre-Textos, 2012.

13

Sloterdijk, Peter, En el mundo interior del capital, España, Siruela, 2007.

# Índice

¿Dónde están los amigos
de la verdad?

Reflejos primitivos

Las epidemias políticas

Reflexiones de un apolítico

El largo camino hacia
la sociedad mundial

Tapa

Inicio de lectura

Índice

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

86

87

88

89

90

91

92

93

94

95

96

97

98

99

100

101

102

103

104